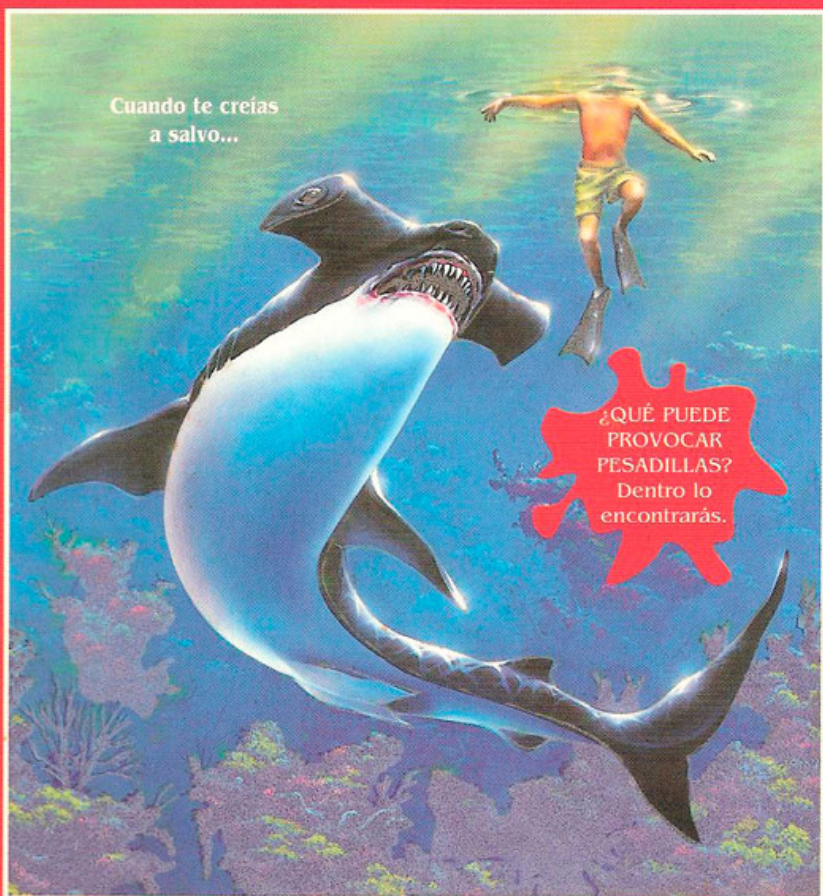


R.L. Stine

Pesadillas

Peligro en las profundidades

Cuando te creías
a salvo...



¿QUÉ PUEDE
PROVOCAR
PESADILLAS?
Dentro lo
encontrarás.

se

Billy y su hermana Sheena están pasando las vacaciones con su tío, el doctor D., en una pequeña isla del Caribe. Es el lugar perfecto para bucear, y Billy tiene ganas de aventura. Sólo debe obedecer una regla: no acercarse a los arrecifes de coral. Pero el arrecife es tan hermoso y tranquilo que Billy no puede resistirse.

Sin embargo no está solo en el agua. Algo acecha bajo la superficie. Una cosa oscura llena de escamas.



R. L. Stine

Peligro en las profundidades

Pesadillas — 03

ePub r1.4

javinintendero 16.10.15

Título original: *Goosebumps #19: Deep Trouble*

R. L. Stine, 1994

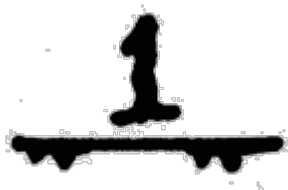
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero

Digitalización de texto: siwan

ePub base r1.0





Allí estaba yo, a sesenta metros bajo el mar, tras la presa más importante de mi vida: Blanca.

Así la llamaban los guardacostas. Pero para mí era simplemente Joe.

La gigantesca raya ya había herido a diez bañistas. La gente tenía miedo de meterse en el agua y el pánico se había extendido por toda la costa.

Por eso me llamaron. Por eso llamaron a William Deep, hijo, de Baltimore, Maryland, el famoso explorador marino de doce años. Capaz de resolver cualquier problema.

Yo atrapé al Gran Tiburón Blanco que aterrizó Playa Myrtle y demostré que no era tan terrible. Luché contra el pulpo gigante que devoró a todo el equipo profesional de surf de California, dejé fuera de combate a la anguila que enviaba olas eléctricas por todo Miami... Pero ahora me enfrentaba al mayor desafío de mi vida: Joe, Blanca.

El monstruo estaba al acecho en algún lugar de las profundidades. Yo tenía todo lo que necesitaba: traje de submarinista, aletas, gafas, bombonas de oxígeno y un arpón con la punta envenenada.

Un momento... ¿No se había movido algo, detrás mismo de esa almeja gigante? Alcé el arpón y esperé que se produjera el ataque. De pronto se me nublaron las gafas. No podía respirar. Por más que me esforzaba, no me llegaba el aire.

¡La bombona de oxígeno! ¡Alguien había estado trasteando con

ella!

No había tiempo que perder. ¡Estaba a sesenta metros de profundidad y no tenía aire! Debía salir a la superficie en el acto.

Me impulsé desesperadamente con las piernas, conteniendo el aliento y con los pulmones a punto de estallar. Me estaba mareando.

¿Lo conseguiría, o moriría allí bajo el mar para convertirme en el desayuno de la Raya Joe?

Me invadió una oleada de pánico. Miré a mi alrededor a través de las gafas empañadas buscando a mi compañera de buceo. ¿Dónde se había metido, ahora que tanto la necesitaba?

Allí estaba, en la superficie, nadando junto al barco.

«¡Socorro! ¡Ayúdame! ¡No tengo aire!», intenté decirle, moviendo las manos como un maníaco.

Por fin me vio. Se me acercó nadando y tiró de mi cuerpo aturdido y sin fuerzas hasta sacarme a la superficie.

Me quité las gafas, dando bocanadas de aire.

—¿Qué te pasa, pececito? —exclamó ella—. ¿Te ha picado una medusa?

Mi compañera de buceo es tan valiente que siempre se ríe ante el peligro.

Yo seguía intentando recuperar el aliento.

—Me he quedado sin aire. Alguien... ha vaciado... la bombona...

Luego todo se volvió negro.

2

Mi compañera me metió la cabeza en el agua. Yo abrí los ojos y salí escupiendo.

—Venga, Billy —me dijo—. ¿Es que no sabes bucear sin hacer el bobo?

Suspiré. Qué forma de acabar con la diversión.

Mi «compañera de buceo» era en realidad la tonta de mi hermana Sheena. Yo había estado haciendo de William Deep, hijo, explorador marino. ¿Es que Sheena no podía seguirme el juego aunque fuera por una vez?

Lo cierto es que sí que me llamo William Deep, hijo, pero todo el mundo me llama Billy. Tengo doce años (aunque creo que eso ya lo he dicho).

Sheena tiene diez y se parece a mí. Los dos tenemos el pelo oscuro y liso, pero yo lo llevo corto y a ella le llega hasta los hombros. Los dos somos delgados, tenemos las rodillas y los codos muy huesudos y los pies grandes y estrechos. Los dos tenemos los ojos azules y las cejas negras y grandes.

Aparte de eso, no nos parecemos en nada.

Sheena no tiene imaginación. Cuando era pequeña nunca tenía miedo de que hubiera monstruos en su armario. Tampoco creía en Santa Claus ni en el Ratoncito Pérez. Le encanta decir que esas cosas no existen.

Me metí bajo el agua y le di un pellizco en la pierna. ¡El ataque del Gigantesco Hombre Langosta!

—¡Idiota! —gritó ella, y me dio una patada en el hombro. Yo

salí a respirar.

—Eh, vosotros dos —dijo mi tío—. Tened cuidado.

Mi tío estaba en la cubierta de su barco, que era un laboratorio marino llamado *Cassandra*. Él se llama George Deep, pero todos le dicen doctor D. Hasta mi padre, que es su hermano, le llama doctor D. A lo mejor es porque tiene toda la pinta de un científico.

El doctor D. es bajo, flaco, lleva gafas, y su expresión es muy seria y pensativa. Tiene el pelo castaño y rizado, y una pequeña calva en la nuca. Enseguida se nota que es un científico.

Sheena y yo estábamos pasando las vacaciones con el doctor D. en el *Cassandra*. Nuestros padres nos mandan todos los veranos con él, que desde luego es muchísimo mejor que quedarse en casa. Ese verano estábamos fondeados en una isla muy pequeña llamada Ilandra, en el Caribe.

El doctor D. es biólogo marino, especializado en la vida submarina tropical. Estudia las costumbres de los peces tropicales y busca algas y peces que aún no han sido descubiertos.

El *Cassandra* es una mole de barco. Mide unos quince metros, pero casi todo el espacio está ocupado con los laboratorios y las salas de investigación del doctor D. En la cubierta hay una cabina donde está el timón. A estribor, es decir, en el costado derecho, hay una barca salvavidas, y en la parte izquierda, o babor, un enorme acuario de cristal.

A veces el doctor D. pesca peces muy grandes y los mete en el tanque de cristal, por lo general sólo el tiempo necesario para estudiarlos o para cuidarlos si están enfermos o heridos.

El resto de la cubierta queda libre para jugar o tomar el sol.

El doctor D. ha estado investigando en todo el mundo. No está casado y no tiene hijos. Dice que está demasiado ocupado con los peces.

Pero le gustan los niños. Por eso nos invita a mi hermana y a mí todos los veranos.

—No os separéis, niños —dijo el doctor D.—. Y no os alejéis del barco. Sobre todo tú, Billy.

Me miró con los ojos entornados. Siempre me mira así cuando quiere que le haga caso. Con Sheena nunca entorna los ojos.

—Los informes dicen que se han visto por esta zona algunos

tiburones.

—¡Tiburones! ¡Jo! —exclamé.

El doctor D. frunció el ceño.

—Billy —me dijo—. Esto no tiene gracia. No te alejes del barco. Y no vayas al arrecife.

Lo sabía.

Clamshell Reef es un largo arrecife de coral rojo que está a pocos cientos de metros de nuestro barco. Desde que llegamos, yo tenía unas ganas enormes de explorarlo.

—No te preocupes por mí, doctor D. —le grité—. No me meteré en líos.

—Ya, seguro... —murmuró Sheena entre dientes.

Quise darle otro pellizco de langosta, pero ella se metió bajo el agua.

—Bueno —replicó el doctor D.—, y que no se os olvide: si veis una aleta de tiburón, intentad no chapotear mucho ni armar jaleo. El movimiento lo atraería. Lo mejor es que volváis al barco nadando despacio.

—No te preocupes —dijo Sheena, que había salido a la superficie detrás de mí, chapoteando como una loca.

Yo me puse un poco nervioso, no pude evitarlo. Siempre había querido ver un tiburón de verdad. He visto tiburones en el acuario, claro, pero estaban metidos en un tanque donde nadaban tranquilamente sin poder hacer daño a nadie. No se puede decir que sea muy emocionante.

Yo quería ver en el horizonte una aleta de tiburón que se acercara cada vez más... directamente hacia nosotros...

Tenía ganas de aventuras.

El *Cassandra* estaba fondeado en mar abierto, a pocos metros de *Clamshell Reef*. El arrecife rodeaba la isla, formando una hermosa laguna.

Tenía clarísimo que iría a explorar esa laguna, por mucho que dijera el doctor D.

—Venga, Billy —dijo Sheena, poniéndose las gafas—. Vamos a ver ese banco de peces.

Señaló una zona donde el mar se rizaba cerca de la proa del barco. Se puso el tubo en la boca y metió la cabeza en el agua. Yo

fui tras ella.

Pronto estuvimos rodeados de miles de pececillos de color azul fosforescente.

Siempre que buceo es como si estuviera en un mundo muy lejano. Creo que con el tubo de respirar podría quedarme a vivir aquí con los peces y los delfines. A lo mejor después de un tiempo me salían aletas.

Los pececillos empezaron a alejarse. ¡Eran preciosos! No quería que se me escaparan, así que fui tras ellos. Pero de pronto salieron disparados y desaparecieron. Iban demasiado deprisa para mí.

¿Se habrían asustado por algo?

Al mirar a mi alrededor observé como un destello rojo entre las algas que flotaban cerca de la superficie. Me acerqué más y a pocos metros delante de mí vi unas masas rojas. Coral.

«Oh, no», pensé. Era *Clamshell Reef*. Y el doctor D. me había dicho que no me acercara.

Me di la vuelta porque sabía que debía volver al barco. Pero tenía muchas ganas de quedarme a explorar un poco. Al fin y al cabo, ya que estaba allí...

El arrecife parecía un castillo de arena roja, lleno de grutas y túneles submarinos de los que entraban y salían brillantes pececillos amarillos y azules.

A lo mejor podría acercarme a explorar uno de los túneles. No debía de ser muy peligroso.

De pronto algo me rozó la pierna. Sentí como un picor y un cosquilleo. ¿Sería un pez?

Miré a mi alrededor pero no vi nada. Volví a notar un hormigueo en la pierna. Y algo me agarró.

Me di la vuelta para ver lo que era. Pero seguía sin haber nada. Se me aceleró el corazón. Sabía que probablemente no sería nada peligroso, pero habría preferido verlo.

Empecé a nadar a toda prisa hacia el barco. De pronto, algo me cogió la pierna derecha... ¡Y no había forma de que me soltara!

Me quedé paralizado de terror, pero pronto reaccioné y di una patada con todas mis fuerzas.

«¡Suelta! ¡Suéltame!»

No veía lo que era... ¡Y tampoco podía soltarme!

Me puse a dar patadas como un loco, salpicando y agitando el agua.

Levanté la cabeza, totalmente aterrorizado, y lancé un débil grito:

—¡Socorro!

Pero fue inútil.

La cosa me arrastraba hacia abajo. A las profundidades. Al fondo del mar.

3

—¡Socorro! —volví a gritar—. ¡Sheena! ¡Doctor D.!

Sentí en torno al tobillo un tentáculo viscoso que me arrastraba de nuevo bajo el agua. Al hundirme me di la vuelta... Y lo vi: una gigantesca mole oscura.

¡Un monstruo marino!

Me miraba con un enorme ojo castaño. La terrible criatura flotaba bajo el agua como un globo verde. Su boca abierta en un silencioso grito dejaba ver dos filas de dientes puntiagudos.

¡Un pulpo gigante! ¡Por lo menos tenía doce tentáculos! Doce largos y viscosos tentáculos. Uno de ellos me tenía atrapado el tobillo y otro se deslizaba hacia mí.

¡NO!

Agité el agua con las manos.

Salí forcejeando a la superficie, pero la monstruosa criatura me volvió a hundir.

Me parecía increíble. Ante mis ojos iban pasando escenas de mi vida. Vi a mis padres despidiéndome cuando subía al autobús amarillo el primer día de colegio. ¡Mamá y papá! ¡No volvería a verlos!

«Vaya forma de morir —pensé—. ¡Asesinado por un monstruo marino!»

Nadie lo creería.

Me sentía débil y mareado, y todo se volvía rojo. Pero algo tiraba de mí hacia la superficie. Algo me alejaba de los tentáculos.

Abrí los ojos y me puse a escupir agua, medio asfixiado.

¡Era el doctor D.!

—Billy, ¿estás bien? —Mi tío me miraba, preocupado.

Yo asentí, tosiendo. Di una patada con la pierna derecha: el viscoso tentáculo había desaparecido.

—Te oí gritar y te vi manoteando —dijo el doctor D.—. Me tiré por la borda y he venido nadando lo más deprisa que he podido. ¿Qué ha pasado?

Mi tío llevaba puesto un chaleco salvavidas amarillo. A mí me puso un flotador de goma, y entonces me relajé.

En la pelea había perdido las aletas y llevaba las gafas y el tubo caídos en torno al cuello.

Sheena se acercó también.

—¡Me cogió la pierna! —exclamé sin aliento—. ¡Quería arrastrarme al fondo!

—¿Qué fue lo que te cogió la pierna, Billy? —me preguntó mi tío—. Por aquí no veo nada.

—Era un monstruo marino —repliqué—. ¡Gigantesco! Me agarró la pierna con un tentáculo viscoso... ¡Ah! —Algo me rozó el dedo gordo del pie—. ¡Ha vuelto! —chillé muerto de miedo.

Sheena salió a la superficie, riéndose y sacudiéndose el pelo.

—¡Era yo, tonto! —exclamó.

—Billy, Billy —murmuró el doctor D.—. Tú y tu increíble imaginación. —Movié la cabeza—. Me has dado un susto tremendo. No vuelvas a hacer eso. Lo más probable es que se te enganchara la pierna en un alga.

—Pero... pero... —balbuceé.

Mi tío sacó del agua un puñado de algas.

—Hay muchísimas —dijo.

—¡Pero yo lo vi! —grité—. ¡Tenía tentáculos y unos dientes enormes y afiladísimos!

—Los monstruos marinos no existen —intervino la sabihonda de mi hermana.

—Ya hablaremos de eso en el barco —decidió mi tío, tirando al agua el puñado de algas—. Venga, vamos. Y tened cuidado de no acercaros al arrecife.

El doctor D. echó a nadar hacia el *Cassandra*. Entonces me di cuenta de que el monstruo me había arrastrado hasta la laguna. El

arrecife se interponía entre el barco y nosotros, pero había una abertura por la que podíamos pasar.

Estaba bastante enfadado. ¿Por qué no me creían? Había visto al monstruo que me agarró la pierna. No era ni un puñado de algas ni una alucinación mía.

Estaba decidido a demostrarlo. Yo mismo encontraría a la criatura para enseñársela... algún día.

De momento sólo tenía ganas de volver al *Cassandra*. Me acerqué a Sheena y le dije:

—Te echo una carrera hasta el barco.

—¡Medusa el último! —exclamó ella.

Sheena está siempre dispuesta a una carrera. Echó a nadar hacia el barco, pero yo la cogí del brazo.

—Espera, eso no vale, tú llevas aletas. Quítatelas.

—¡De eso nada, monada! —me dijo—. ¡Nos vemos en el barco! —Y se alejó, sacándome una buena ventaja.

«Pues no me va a ganar», pensé. Me quedé mirando el arrecife. Llegaría antes si pasaba por encima. Di media vuelta y empecé a nadar hacia el coral rojo.

—¡Billy! ¡Ven aquí! —me gritó el doctor D. Yo me hice el sordo.

El arrecife estaba ahí mismo, delante de mí. Vi que Sheena seguía avanzando y me puse a nadar con más fuerza. Sabía que ella nunca se atrevería a pasar por encima del arrecife, así que tendría que dar un rodeo y yo podría adelantarla.

Pero de pronto me empezaron a doler los brazos. No estaba acostumbrado a nadar tanto. Decidí pararme un instante a descansar en el coral.

Cuando llegué vi que Sheena iba hacia la derecha para dar un rodeo. Eso me daba unos segundos.

Puse el pie en el arrecife de coral rojo...

¡Y lancé un grito tremendo!

4

Me ardía el pie como si me lo estuvieran quemando. El dolor me atravesó toda la pierna. Me tiré al agua gritando. Cuando salí a la superficie, oí la voz de Sheena:

—¡Doctor D.! ¡Ven, deprisa!

El pie me seguía ardiendo a pesar del frío del agua.

Mi tío vino corriendo.

—¿Qué pasa ahora, Billy? —me preguntó.

—Pues que ha hecho una auténtica bobada —contestó Sheena con una risita.

Si no me hubiera dolido tanto el pie la hubiera estrangulado.

—¡Mi pie! —gemí—. Cuando llegué al arrecife el... el...

Mi tío me agarró del flotador que yo llevaba en torno a la cintura.

—Ya. Duele bastante —dijo, dándome unas palmaditas en el hombro—. Pero no es nada. Dentro de un rato se te pasará el ardor. —Señaló el arrecife—. Eso es coral de fuego.

—¿Coral de fuego? —Me lo quedé mirando.

—¡Yo ya lo sabía! —exclamó la enterada de mi hermana.

—Está cubierto de veneno —prosiguió mi tío—. Si lo tocas te arde la piel como si fuera una quemadura.

«Y ahora me lo dices...», pensé.

—¿Es que no sabes nada? —preguntó Sheena con sarcasmo.

Se la estaba buscando. Se la estaba buscando de verdad.

—Dentro de lo que cabe has tenido suerte —dijo el doctor D.—. El coral puede estar muy afilado. Si te hubieras cortado el pie te

habría entrado el veneno en la sangre, y eso sí que es grave.

—¿Y qué habría pasado? —preguntó Sheena. Se moría de ganas por saber qué cosas horribles hubieran podido sucederme.

El doctor D. se puso muy serio.

—El veneno puede paralizarte —dijo.

—Genial —repliqué yo.

—Así que de ahora en adelante no vuelvas a acercarte al coral —me advirtió mi tío—. Y no vayas tampoco a la laguna.

—¡Pero si ahí es donde vive el monstruo...! —protesté—. Tenemos que volver. ¡Tenéis que verlo!

Sheena movió la cabeza.

—Esas cosas no existen, esas cosas no existen —canturreó. Su frase favorita—. ¿Verdad que no, doctor D.?

—Bueno, nunca se sabe —replicó mi tío—. No conocemos todas las criaturas que viven en los mares, Sheena. Es preferible decir que los científicos nunca lo han visto.

—¿Te enteras, enana?

Mi hermana me arrojó agua a la cara. No soporta que la llame enana.

—Eh, niños, os lo digo muy en serio: no os acerquéis a esta zona —dijo el doctor D.—. Tal vez no haya ningún monstruo en la laguna, pero sí que podría haber tiburones, peces venenosos, anguilas o cualquier otra criatura peligrosa. No os acerquéis.

Permaneció un momento en silencio y me miró con el ceño fruncido, como para asegurarse de que le haría caso.

—¿Cómo tienes el pie, Billy? —me preguntó después.

—Un poco mejor.

—Bueno, pues por hoy ya basta de aventuras. Vamos al barco, que es casi la hora de comer.

Todos empezamos a nadar hacia el *Cassandra*.

De pronto sentí que algo me rozaba la pierna otra vez. ¿Algas? No. Parecían... ¡dedos!

—¡Ya está bien, Sheena! —grité enfadado. Me di la vuelta para echarle agua a la cara...pero no vi a nadie. Mi hermana iba bastante adelante, con el doctor D. No podía haber sido ella. Pero estaba claro que algo me había tocado. Me quedé mirando el agua, paralizado de miedo. ¿Qué había ahí abajo? ¿Por qué se burlaba de

mí? ¿Me iba a agarrar otra vez y arrastrarme al fondo para siempre?

5

Alexander DuBrow, el ayudante del doctor D., nos ayudó a subir a bordo.

—¿Qué eran esos gritos? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, Alexander —dijo el doctor D.—. Billy ha pisado coral de fuego, pero está bien.

Cuando subí la escalerilla Alexander me cogió de las manos y tiró de mí.

—Vaya, Billy. Yo también lo toqué el primer día que llegamos y vi todas las estrellas del firmamento. ¿Seguro que estás bien?

Asentí y le enseñé el pie.

—Ya lo tengo mejor. Pero eso no ha sido lo peor. ¡Lo peor es que casi me devora un monstruo!

—Esas cosas no existen —entonó Sheena.

—¡De verdad que lo vi! —insistí—. No me creéis, pero es verdad. Estaba en la laguna. Era enorme y verde y...

Alexander sonrió.

—Si tú lo dices, Billy... —Y le guiñó el ojo a Sheena.

Me entraron ganas de estrangularlo. Menudo estudiante de ciencias. ¿Qué sabía él? Alexander tenía más de veinte años pero, a diferencia del doctor D., no tenía pinta de científico. Más bien parecía un jugador de fútbol. Era muy alto (mediría unos dos metros), y muy fuerte. Tenía el pelo rubio y ondulado y unos ojos azules que se arrugaban en las comisuras. También tenía los hombros muy anchos y unas manos enormes. Pasaba mucho tiempo al sol y estaba muy moreno.

—Espero que tengáis hambre —dijo—. He hecho bocadillos de ensalada de pollo.

—¡Genial! —exclamó Sheena poniendo los ojos en blanco.

Alexander cocinaba casi siempre. Él creía que se le daba muy bien, pero de eso nada.

Bajé a mi camarote a quitarme el bañador mojado. En realidad el camarote era un diminuto compartimiento para dormir, con un armario para meter mis cosas. Sheena tenía otro igual.

Los del doctor D. y Alexander eran grandes, e incluso se podía caminar de un lado a otro.

Comimos en la cocina, donde había una mesa fija, asientos también fijos y un pequeño espacio para cocinar.

Cuando entré, Sheena ya estaba sentada a la mesa con un gran bocadillo en el plato. A mí me esperaba otro igual. Pero el caso es que ninguno teníamos muchas ganas de probar la ensalada de Alexander. La noche anterior nos había hecho coles de brúselas, y para desayunar unas tortitas de trigo que desaparecieron en el fondo del estómago como si fueran el *titanic* hundiéndose en el mar.

—Tú primero —le susurré a mi hermana.

—Ni hablar —dijo ella, moviendo la cabeza—. Pruébalo tú, que para eso eres mayor.

Me rugió el estómago y suspiré. No había más narices que probarlo, así que le hiqué el diente. «No está mal», pensé al principio. La verdad es que parecía un bocadillo normal de ensalada de pollo. Pero de pronto me empezó a quemar la lengua. ¡Tenía la boca ardiendo!

Lancé un grito y me bebí de golpe un vaso entero de té helado.

—¡Coral de fuego! —exclamé—. ¡Has puesto coral de fuego en la ensalada!

Alexander se echó a reír.

—Sólo un poco de chile, para darle sabor. ¿Te gusta?

—Yo prefiero cereales, si no te importa —dijo Sheena, dejando su bocadillo.

—No puedes comer cereales todo el día —replicó Alexander frunciendo el ceño—. No me extraña que estés tan delgada, Sheena. No comes otra cosa. ¿Dónde está tu espíritu de aventura?

—Yo también tomaré cereales —dijo tímidamente—. Para variar

un poco.

En ese momento entró el doctor D.

—¿Qué hay de comer?

—Bocadillos de pollo —contestó Alexander—. Un poco picantes.

—Muy picantes —advertí.

El doctor D. se me quedó mirando y levantó una ceja.

—¿Ah, sí? Bueno, la verdad es que no tengo mucha hambre.

Creo que sólo tomaré unos cereales.

—Billy y yo podríamos hacer la cena esta noche —sugirió Sheena mientras se preparaba los cereales—. No es justo que cocine siempre Alexander.

—Muy buena idea, Sheena —asintió el doctor D.—. ¿Qué sabéis hacer?

—Yo sé hacer bizcocho de chocolate —dije.

—Y yo sé hacer tarta de chocolate —terció Sheena.

—Ya —replicó el doctor D.—. Será mejor que cocine yo. ¿Qué tal un pescado al horno?

—¡Qué guay, pescado al horno! —exclamé.

Después de comer, el doctor D. fue a su estudio a repasar algunas notas. Alexander nos enseñó a Sheena y a mí el laboratorio principal.

Era una pasada. Tenía tres acuarios enormes llenos de peces rarísimos e increíbles. En el más pequeño había dos caballitos de mar de color amarillo brillante y una trompeta, que es un pez muy largo, rojo y blanco, con forma de tubo. También había un montón de olominas. En otro acuario había peces voladores, que eran rojos y naranja como el fuego, y un pez payaso, con sus rayas naranjas a modo de camuflaje. En el acuario más grande había un enorme animal negro y amarillo, con pinta de serpiente y muchísimos dientes.

—¡Ag! —Sheena puso cara de asco—. ¡Qué asqueroso es ése!

—Es una anguila negra —explicó Alexander—. Muerde, pero no es mortal. Se llama Biff.

Yo le enseñé los dientes a través del cristal, pero Biff no me hizo ni caso. Me imaginé lo impresionante que sería toparse cara a cara con Biff en el mar. Sus dientes tenían una pinta peligrosa, pero el bicho no era tan grande ni mucho menos como el monstruo marino.

Pensé que William Deep, hijo, famoso explorador marino, no tendría problemas para enfrentarse a él.

Me di la vuelta y me quedé mirando el panel de control, todo lleno de diales y botones.

—¿Esto para qué es? —pregunté, presionando un botón. Sonó una fuerte sirena y pegamos un bote del susto.

—Para tocar la sirena —contestó Alexander muerto de risa.

—El doctor D. le tiene dicho que no toque nada sin preguntar primero —afirmó Sheena—. Se lo ha dicho mil veces, pero él nunca hace caso.

—¡Cierra el pico, enana! —le solté.

—Ciérralo tú.

—Eh, haya paz —terció Alexander levantando las manos—. No ha pasado nada.

Yo volví a mirar el panel. Casi todos los diales estaban encendidos y se veían lucecitas rojas moviéndose. Vi que uno de ellos estaba apagado y con la lucecita quieta.

—¿Éste para qué es? —pregunté señalándolo—. Parece que se te ha olvidado encenderlo.

—Es el que controla la botella Nansen. Está rota.

—¿Qué es una botella Nansen? —preguntó Sheena.

—Sirve para recoger muestras de agua de las profundidades —explicó Alexander.

—¿Y por qué no la arregláis? —quise saber.

—Porque es muy caro.

—¿Y no tenéis dinero? —dijo Sheena—. ¿No os da dinero la universidad?

Los dos sabíamos que la universidad de Ohio subvencionaba las investigaciones del doctor D.

—Nos dio dinero para la investigación, pero ya lo hemos gastado casi todo. Estamos esperando a ver si nos mandan más. Hasta entonces no podremos arreglar las cosas que se estropean.

—¿Y si le pasa algo al *Cassandra*? —pregunté.

—Pues supongo que tendríamos que sacarlo del agua un tiempo o encontrar otra forma de conseguir dinero.

—Jo, y nosotros nos quedaríamos sin vacaciones de verano —dijo Sheena.

A mí no me gustaba nada la idea de sacar al *Cassandra* del agua. Pero peor era imaginarse al doctor D. en tierra sin poder estudiar sus peces.

Nuestro tío lo pasaba fatal cuando tenía que estar en tierra. No se sentía a gusto si no era en un barco. Lo sé por unas navidades que vino a pasarlas con nosotros. Por lo general es bastante divertido estar con él, pero aquella vez fue una pesadilla. Se pasaba el día rondando por la casa y dándonos órdenes a gritos, como si fuera nuestro capitán.

—¡Billy, siéntate bien! —me rugía—. ¡Sheena, friega el suelo!

Parecía otra persona. Por fin, el día de Nochebuena mi padre ya no aguantó más y le dijo al doctor D. que o se comportaba o que podía largar amarras. Mi tío se pasó casi todo el día de Navidad en la bañera jugando con mis viejos barcos de plástico. Cuando estaba en el agua era otra vez una persona normal.

Yo no quería volver a ver al doctor D. en tierra.

—Pero no os preocupéis, chicos —dijo Alexander—. El doctor D. siempre encuentra la forma de salir adelante.

«Ojalá tengas razón», pensé.

Me quedé mirando un extraño dial en el que ponía: SONAR.

—Oye, Alexander, ¿me enseñas cómo funciona el sónar? —le dije.

—Claro, pero espera, que antes tengo que terminar unas cosas.

Se acercó al primer acuario y sacó unas cuantas olominas con una pequeña red.

—¿Quién le quiere dar de comer a Biff?

—¡Yo no! —exclamó Sheena—. ¡Qué asco!

—Yo tampoco —dije mientras me acercaba a mirar por un ojo de buey. Me había parecido oír el ruido de un motor. Hasta entonces habíamos visto muy pocos barcos, porque casi nadie pasaba por Ilandra.

Un barco blanco se acercó al costado del *Cassandra*. Era más pequeño aunque más nuevo que el nuestro. En la borda ponía: ZOO MARINA.

Había un hombre y una mujer en cubierta, muy arreglados, vestidos con pantalones caqui y camisas. El hombre tenía el pelo muy corto y la mujer una cola de caballo. Ella llevaba un maletín

negro.

El hombre saludó al doctor D., que estaba en cubierta. Sheena y Alexander se acercaron a mirar también.

—¿Quién es ? —preguntó Sheena. Alexander carraspeó.

—Más vale que vaya a ver qué pasa. —Le dio a Sheena la red con las olominas—. Toma, dale de comer a Biff. Ahora vuelvo. —Y se marchó a toda prisa.

Sheena miró las olominas, que se retorcían en la red y puso cara de asco.

—No pienso quedarme a ver cómo Biff se come a estas pobres olominas. —Me puso la red en la mano y salió corriendo del camarote. Yo tampoco quería ver a Biff devorar a los pobres pececillos, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. Eché las olominas apresuradamente al tanque de Biff. La anguila se lanzó al ataque, atrapó un pez con los dientes y se lo zampó de golpe. El bicho devoraba.

Dejé la red en una mesa y salí del laboratorio para ir a cubierta a respirar un poco de aire. Me pregunté si el doctor D. me dejaría bucear un poco por la tarde. Si me decía que sí, me acercaría a la laguna para ver si encontraba señales del monstruo marino.

¿No tenía miedo? Claro que tenía, pero estaba decidido a demostrar a mi hermana y a mi tío que no estaba loco y que no me había inventado la historia.

Al pasar por delante del estudio del doctor D. oí voces y pensé que mi tío y Alexander estarían allí con el hombre y la mujer del zoo. Me detuve un momento. No tenía intención de escuchar, pero el hombre hablaba tan fuerte que no pude evitarlo. Y lo que dijo fue lo más alucinante que he oído en mi vida.

—¡Me da igual cómo lo haga, doctor Deep —bramó—, pero quiero que encuentre esa sirena!

6

¡Una sirena! ¿Haría en serio? Era increíble. ¿De verdad pretendía que mi tío encontrara una sirena auténtica? Sabía perfectamente lo que diría Sheena: «Esas cosas no existen.» Pero un adulto, un hombre que trabajaba para un zoo, estaba hablando de sirenas. ¡Seguro que existían!

Se me aceleró el corazón. ¡Iba a ser una de las primeras personas del mundo en ver una sirena! Pero entonces se me ocurrió algo todavía mejor: ¿Y si la encontraba yo? Me haría famoso. Hasta saldría en la tele. ¡William Deep, hijo, el famoso explorador marino! En fin, después de lo que había oído, no podía marcharme como si nada. Tenía que saber más.

Contuve la respiración y pegué el oído a la puerta.

—Señor Showalter, señora Wickman, compréndanlo, por favor —dijo el doctor D.—. Yo soy un científico, no un director de circo. Mi trabajo es muy serio y no puedo perder el tiempo buscando criaturas fantásticas.

—Le estamos hablando muy en serio, doctor Deep —afirmó la señora Wickman—. En estas aguas hay una sirena. Y usted es el único que puede encontrarla.

—¿Por qué creen que hay una sirena por aquí? —preguntó Alexander.

—La ha visto un pescador de una isla vecina —replicó el hombre del zoo—, y jura que es real. La vio cerca del arrecife, de este arrecife que hay junto a Ilandra.

¡El arrecife! ¡A lo mejor vivía en la laguna!

Me acerqué más a la puerta porque no quería perderme ni una palabra.

—Algunos de estos pescadores son muy supersticiosos, señor Showalter —dijo mi tío con tono de burla—. Hace años que se oyen historias, pero no hay ninguna prueba que me induzca a creerlas.

—Al principio tampoco nosotros dimos crédito al pescador —afirmó la mujer—. Pero luego preguntamos a otros pescadores de la zona, y todos dijeron que la habían visto. Yo creo que dicen la verdad. Todas sus descripciones coinciden hasta en el más mínimo detalle.

Oí que crujía la silla de mi tío, y me imaginé que se inclinaba para preguntar:

—¿Y cómo la describen, exactamente?

—Dicen que parece una muchacha —respondió el señor Showalter—, excepto por... —carraspeó—, por la cola de pez. Es pequeña y delicada, y tiene el pelo largo y rubio.

—También dicen que la cola es de un verde muy brillante —precisó la mujer—. Le parecerá increíble, doctor Deep, pero después de hablar con los pescadores tuvimos el convencimiento de que realmente vieron una sirena.

Hubo una pausa.

¿Me estaría perdiendo algo? Apreté la oreja contra la puerta y oí que mi tío preguntaba:

—¿Y por qué quieren capturar esa sirena?

—Es evidente. Una sirena sería una atracción espectacular en un zoo como el nuestro —contestó la mujer—. Vendría a verla gente de todo el mundo, y el Zoo Marina ganaría millones.

—Estamos dispuestos a pagarle bien por todas las molestias, doctor Deep —afirmó el señor Showalter—. Sé que se está quedando sin fondos. ¿Y si la universidad se niega a darle más dinero? Sería terrible que tuviera usted que interrumpir su importante trabajo.

—El Zoo Marina puede ofrecerle un millón de dólares —intervino la mujer—. Si encuentra la sirena, claro. Estoy segura de que su laboratorio podría funcionar mucho tiempo con esa suma.

¡Un millón de dólares! ¿Cómo podría el doctor D. decir que no a una cantidad así? Tenía el corazón a mil. Me pegué más a la puerta.

¿Cuál sería la respuesta de mi tío?

7

Oí que el doctor D. soltaba un largo silbido.

—Eso es mucho dinero, señora Wickman. —Mi tío hizo una larga pausa, y luego prosiguió—: Pero aunque existieran las sirenas, no me parecería bien capturar una para enseñarla en un zoológico.

—Le prometo que la cuidaremos perfectamente —replicó el señor Showalter—. Nuestros delfines y ballenas están muy bien atendidos. A la sirena, por supuesto, se le daría un tratamiento especial.

—Además, doctor Deep, —advirtió la señora Wickman—, si no la encuentra usted la podría descubrir cualquier otro. Y nadie le garantiza que otra gente vaya a tratar a la sirena tan bien como nosotros.

—Puede que tengan razón —replicó mi tío—. Si la encontrara, sería desde luego una buena ayuda para mi investigación.

—¿De acuerdo, entonces? —preguntó el señor Showalter.

«¡Di que sí, doctor D.! —pensé—. ¡Di que sí!» Apoyé todo el cuerpo en la puerta.

—Sí —contestó mi tío—. Si de verdad hay una sirena, la encontraré.

¡Genial!

—Muy bien —dijo la señora Wickman.

—Excelente decisión —añadió con entusiasmo el señor Showalter—. Sabía que era usted el hombre apropiado.

—Volveremos dentro de un par de días a ver cómo marcha la búsqueda. Espero que para entonces tenga buenas noticias —dijo la

señora Wickman.

—Es poco tiempo —comentó Alexander.

—Sin duda, pero es evidente que cuanto antes la encuentren, mejor.

—Y por favor —pidió el señor Showalter—, mantengan esto en secreto. Nadie debe saber nada. Ya se imaginarán lo que pasaría si...

¡CRASHHHHHH!

Perdí el equilibrio. La puerta se abrió de golpe y caí de narices en la habitación.



Aterricé justo en mitad del camarote. El doctor D., el señor Showalter, la señora Wickman y Alexander se me quedaron mirando con la boca abierta. Supongo que no esperaban que apareciera tan de sopetón.

—Esto... hola a todos —murmuré. Tenía la cara como un tomate—. Bonito día para cazar sirenas.

El señor Showalter se levantó muy enfadado y miró ceñudo a mi tío.

—¡Esto tenía que ser un secreto!

Alexander me ayudó a levantarme.

—No se preocupe por Billy —dijo, rodeándome con el brazo con un gesto protector—. Se puede confiar en él.

—Lo siento mucho —dijo el doctor D. a sus invitados—. Es mi sobrino, Billy Deep. Está pasando unos días aquí con su hermana.

—¿Podrán guardar el secreto? —preguntó la señora Wickman.

El doctor D. miró a Alexander, y Alexander asintió.

—Sí, estoy seguro —dijo mi tío—. Billy no dirá nada. ¿Verdad, Billy? —Me miró con los ojos entornados. No me gusta que me mire así, pero esta vez no se lo podía reprochar.

Moví la cabeza.

—No, no se lo diré a nadie. Lo prometo.

—De todas formas, Billy —añadió el doctor D.—, tampoco le digas nada a Sheena. Es demasiado pequeña para guardar un secreto como éste.

—Lo juro —repliqué solemnemente, alzando la mano derecha—.

No le diré ni una palabra a Sheena.

¡Geniaaaaal! Conocía el mayor secreto del mundo... Y Sheena no tenía ni idea de nada.

El hombre y la mujer del zoo se miraron. Se notaba que seguían preocupados.

—De verdad que se puede confiar en Billy —afirmó Alexander—. Es un chico muy serio para su edad.

«Y que lo digas —pensé—. Soy William Deep, hijo, famoso pescador de sirenas.»

Los del zoo parecieron tranquilizarse un poco.

—De acuerdo —dijo la señora Wickman, y nos dio la mano a todos.

El señor Showalter metió unos papeles en el maletín.

—Nos veremos dentro de un par de días —se despidió ella—. Buena suerte.

«No necesito suerte —me dije mientras los veía alejarse en su motora unos minutos después—. No necesito suerte porque soy hábil y valiente.» Estaba pensando tantas cosas a la vez que me daba vueltas la cabeza. Cuando capturara la sirena con mis propias manos, ¿dejaría que Sheena apareciera conmigo en la tele? Lo más seguro es que no.

Esa noche salí a hurtadillas a cubierta, me metí en el agua y nadé hacia la laguna sin hacer ruido. Me volví a mirar el *Cassandra*. Todo estaba en silencio y en los ojos de buey no se veían luces.

«Bien —pensé—. Todos están dormidos y no se darán cuenta de que me he marchado. Nadie sabe que estoy aquí. Nadie sabe que estoy en el agua de noche, completamente solo.»

Seguí nadando despacio y en silencio bajo la plateada luz de la luna. Al pasar por el arrecife, aminoré un poco el ritmo y miré ansiosamente la laguna. Las olas me acariciaban con suavidad y el agua brillaba como si flotara en la superficie un millón de diminutos diamantes.

¿Dónde estaría la sirena? Sabía que estaba ahí. Sabía que la encontraría en la laguna.

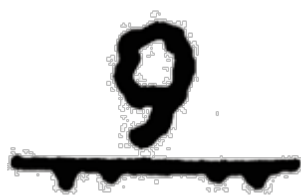
De pronto oí un débil rumor justo debajo de mí, pero muy profundo. Me paré a escuchar. El ruido, muy débil al principio, fue haciéndose cada vez más fuerte hasta que llegó a convertirse en un

rugido. El agua se agitó. Parecía un terremoto. O más bien un maremoto. Tuve que forcejear para mantenerme por encima del oleaje que se había levantado. ¿Qué estaba pasando?

De repente se formó en el centro de la laguna una enorme ola que fue creciendo cada vez más, como un geiser gigante. La tenía sobre la cabeza. ¡Era más grande que un rascacielos! ¿Pero era una ola? ¡No! La ola rompió y salió de debajo la oscura criatura.

El agua resbalaba por su cuerpo grotesco. El monstruo me miró amenazador con su único ojo, retorció los tentáculos, los estiró...

Solté un grito y el monstruo me guiñó el ojo. Intenté darme la vuelta y escapar. Pero no pude. La criatura me atrapó con sus tentáculos y me fue estrujando la cintura cada vez más. Luego un viscoso tentáculo se me enrolló alrededor del cuello y empezó a apretar.



—¡No... no puedo respirar! —logré balbucear mientras tiraba del tentáculo que me atenazaba el cuello—. ¡Socorro! ¡Socorrooooo!

Abrí los ojos y me quedé mirando el techo.

Estaba en mi cama, en mi camarote, totalmente enredado en la sábana. Respiré hondo y esperé a que se me calmara un poco el corazón. Una pesadilla. Era sólo una pesadilla.

Me froté los ojos y me levanté a mirar por el ojo de buey. El sol se estaba alzando en el horizonte. El cielo estaba teñido de rojo y el agua era de un púrpura brumoso.

La laguna, más allá del arrecife, estaba totalmente en calma. No había ni un monstruo a la vista.

Me enjuagué el sudor de la frente con la manga del pijama. «No hay de qué tener miedo», me dije. Había sido sólo un sueño, una pesadilla. Moví la cabeza intentando olvidarme del monstruo. No podía permitir que me asustara. No iba a impedirme encontrar la sirena.

¿Se habría despertado alguien? ¿Habría chillado en voz alta? Me puse a escuchar, pero sólo se oían los crujidos del barco y el rumor de las olas contra el costado.

El sol rojizo del amanecer me animó bastante. El mar estaba de lo más tentador. Me puse el bañador y salí del camarote sin hacer un solo ruido. No quería que nadie me oyera.

Al entrar en la cocina, vi que en el fogón había un cazo de café medio vacío, lo cual quería decir que el doctor D. ya estaba levantado. Bajé por el pasillo de puntillas y oí que mi tío andaba

trajinando en el laboratorio principal. Cogí las gafas, el tubo y las aletas, y subí a cubierta. Nada, no había moros en la costa.

Bajé por la escalerilla, me metí en el agua sigilosamente y empecé a nadar hacia la laguna.

Sé que fue una locura escaparme así, pero no os podéis imaginar lo emocionado que estaba. Ni en las más locas fantasías de William Deep, hijo, explorador marino, había soñado que algún día vería una sirena de verdad.

Intenté imaginarme cómo sería. El señor Showalter había dicho que parecía una chica con el pelo largo y rubio, y una cola verde de pez. Debía ser rarísima. Medio humana, medio pez. Intenté imaginarme a mí mismo con una cola de pez. ¡Sería el mejor nadador del mundo! Podría ganar las Olimpiadas sin entrenarme siquiera. ¿Sería guapa? ¡A lo mejor hasta sabía hablar! Si supiera hablar podría contarme un montón de secretos sobre los mares. ¿Cómo respiraría debajo del agua? ¿Parecería humana, o parecería un pez?

Demasiadas preguntas.

«Ésta es la mayor aventura de mi vida —pensé—. Cuando me haga famoso escribiré un libro sobre mis aventuras marinas que se llamará *El valor de Deep*, por William Deep, hijo. A lo mejor hasta hacen una película».

Levanté la cabeza y vi que estaba cerca del arrecife. Tenía que ir con cuidado para no acercarme: no quería volver a tocar el coral de fuego.

Estaba ansioso por explorar la laguna. Tenía tantas ganas que se me había olvidado la espantosa pesadilla de la noche.

Seguí nadando con cuidado para no tocar el coral rojo. Casi había pasado ya el arrecife cuando algo me rozó la pierna.

—¡Ah! — grité, y tragué un montón de agua. Me puse a escupir, medio asfixiado, y de pronto noté que algo se me enroscaba y me arañaba el tobillo. Esta vez estaba segurísimo de que no eran algas. ¡Las algas no tienen garras!

10

Me puse a dar patadas y a debatirme con todas mis fuerzas para superar el pánico que casi me tenía paralizado.

—¡Ya vale! ¡Deja de darme patadas! —chilló una voz.

¿La sirena?

—¡Oye...! —grité rabioso al ver aparecer la cabeza de Sheena.

Mi hermana se quitó las gafas de bucear.

—¡No hay para tanto! —me soltó—. Casi no te he arañado.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? —replicó ella de mal humor—. El doctor D. nos dijo que no nos acercáramos a este lugar.

—Entonces ¿qué haces tú aquí? —grité.

—Sabía que tramabas algo y por eso te he seguido —me respondió mientras se ponía otra vez las gafas.

—No estoy tramando nada —mentí—. Sólo he salido a bucear un rato.

—Que me lo voy a creer... ¿Y por eso has salido a las seis y media de la mañana, para venir al mismo sitio donde ayer te quemaste el pie? ¡Tú tramas algo, o estás chalado!

¡Menuda elección! O tramaba algo o estaba chalado. ¿Cuál de las dos cosas podía admitir? Si admitía que me traía algo entre manos, tendría que contarle lo de la sirena, y eso no podía hacerlo.

—Muy bien —dije, encogiéndome de hombros—. Supongo que estoy chalado.

—Pues vaya novedad —masculló ella sarcásticamente—. Vamos al barco, Billy. El doctor D. nos estará buscando.

—Vuelve tú. Yo iré dentro de un rato.

—Billy, el doctor D. se va a enfadar de verdad. Seguro que está a punto de soltar el bote para salir a buscarnos.

Por un momento estuve tentado de volver con ella, pero vi de reojo que algo se agitaba al otro lado del arrecife.

«¡La sirena! —pensé—. Tiene que ser ella. ¡Si no voy ahora mismo se me escapará!»

Me di la vuelta y empecé a nadar a toda velocidad hacia el arrecife.

—¡Billy! —me gritó Sheena—. ¡Billy! ¡Vuelve! ¡Billy!

Me pareció que me llamaba con miedo, pero no hice ni caso. Pensé que intentaba asustarme.

—¡Billy! —me gritó otra vez—. ¡Billy!

Yo seguí nadando. No pensaba detenerme por nada del mundo. Pero más tarde me di cuenta de que hubiera hecho bien en escucharla.



Levanté la cabeza, sin dejar de nadar, buscando un buen sitio para atravesar el coral de fuego.

Vi que algo se movía de nuevo al otro lado de la laguna, cerca de la orilla. «¡Tiene que ser la sirena!», pensé muy emocionado.

Me quedé mirando fijamente y me pareció ver una especie de aleta. Atravesé el arrecife, entré en las tranquilas aguas de la laguna y me puse a buscar a la sirena, pero se me habían empañado las gafas.

«¡Jo! —pensé—. ¡Mira que empañárseme las gafas precisamente ahora!»

Salí a respirar y me las quité. Me sequé el agua de los ojos, me até las gafas a la cintura y eché a nadar hacia la orilla.

Y entonces lo vi, a unos cientos de metros de distancia. No era la cola verde de una sirena, sino un triángulo gris blanquecino que sobresalía del agua.

Era la aleta de un pez martillo, un tiburón.

Me quedé petrificado de espanto. La aleta dio la vuelta y avanzó hacia mí, derecha y rápida como un torpedo.

12

¿Dónde estaba Sheena? ¿Seguía detrás de mí? Miré hacia atrás y la vi a lo lejos, nadando hacia el barco. Pero me olvidé de ella al ver que la aleta se acercaba rápidamente. Agité los brazos en el agua intentando escapar, pero el tiburón me pasó de largo y dejé de chapotear. ¿Se iba a marchar? ¿Me dejaría en paz? Con el corazón en la boca me puse a nadar en dirección contraria, hacia el arrecife, pero sin apartar los ojos de la aleta.

Entonces el tiburón dio media vuelta para dirigirse hacia mí, trazando un gran arco.

—¡Aaah! —gemí aterrorizado al darme cuenta de que me estaba rodeando.

Ahora sí que no sabía en qué dirección ir. El tiburón estaba entre el barco y yo. Si pudiera dar la vuelta y subir al arrecife, a lo mejor me salvaba.

La enorme aleta se acercaba.

Eché a nadar hacia el coral, sabiendo que tenía que mantener la distancia. Pero de pronto surgió la aleta a mi lado, entre el arrecife y yo. El tiburón seguía trazando círculos, encerrándome cada vez más y nadando progresivamente más deprisa. Estaba atrapado.

No podía quedarme sin hacer nada. No podía quedarme allí, esperando a que el tiburón me devorase. Tenía que luchar. Me puse a nadar frenéticamente. Estaba tan aterrorizado que no podía pensar con claridad. Sólo dos palabras me martilleaban en la cabeza: «El tiburón. El tiburón.» Una y otra vez. «El tiburón. El tiburón.»

El tiburón nadaba ahora en torno a mí trazando un círculo muy pequeño y salpicándome con la cola.

«El tiburón. El tiburón.»

Me quedé mirándolo, totalmente horrorizado. Estaba tan cerca que lo veía perfectamente. Era muy grande: por lo menos mediría dos metros y medio. Tenía la cabeza enorme y espantosa, con forma de martillo, y un ojo en cada extremo. Oí mi propia voz temblorosa:

—No... no...

Y entonces algo frío me frotó la pierna.

«El tiburón. El tiburón.»

Me dio un brinco el corazón. Eché atrás la cabeza y solté un chillido de pánico.

—¡Aaaaaahh!

El dolor me atravesó todo el cuerpo. El tiburón me había golpeado con el morro. Salí disparado del agua y caí a la superficie con un golpe seco. Me quedé paralizado. El bicho tenía hambre y estaba decidido a pelear. Volvió a rodearme y luego se lanzó contra mí con las fauces abiertas, enseñando muchas hileras de dientes.

—¡NO! —chillé con voz ronca. Me puse a dar patadas y manotazos como un loco, con todas mis fuerzas. Sus afilados dientes me pasaron rozando la pierna.

El arrecife. Tenía que llegar al arrecife. Era mi única salvación.

Me sumergí para bucear hacia el coral. El tiburón se lanzó de nuevo contra mí. Cuando toqué el coral rojo el dolor me atravesó la mano, pero no me importó. El arrecife sobresalía del agua. Tenía que subirme a él, aunque me ardía todo el cuerpo.

Casi lo había conseguido. Pronto estaría a salvo.

Con un fuerte impulso me subí al arrecife... y caí de nuevo al agua.

Me golpeé el vientre contra el coral y al mismo tiempo sentí como una cuchillada en la pierna. Intenté apartarme pero no pude. ¡Estaba atrapado en las fauces del tiburón! Lancé un chillido de terror:

—El tiburón. El tiburón.

¡Me había atrapado!

13

Con todo el cuerpo ardiendo de dolor, me dejé caer pesadamente en el agua. El tiburón sabía que me tenía, que no me quedaban fuerzas para luchar. Pero en ese momento pasó algo salpicando en el agua. El tiburón me soltó la pierna y se dirigió hacia ello. No tuve tiempo de recuperar el aliento porque el monstruo dio media vuelta y se lanzó de nuevo contra mí, con la boca abierta.

Cerré los ojos y chillé de terror. Pasó un segundo. Luego otro. Nada. Entonces oí un fuerte golpe y abrí los ojos. Algo se interponía entre el tiburón y yo, muy cerca de mí.

El agua se agitó hasta ponerse blanca. Una cola verde, muy larga y brillante, emergió a la superficie y salpicó. ¡Un pez estaba luchando con el tiburón! El monstruo dio media vuelta y se lanzó al ataque, pero la cola verde le dio un fuerte golpe.

No se veía lo que estaba pasando porque el agua parecía que estuviera hirviendo y levantaba olas blancas y espumosas. Por encima del estrépito se oían unos agudos chillidos animales.

«Los tiburones no chillan —pensé—. ¿De dónde sale ese ruido?»

En ese momento emergió el tiburón con las fauces abiertas y lanzó un par de dentelladas al aire. Pero la larga cola verde salió también del agua y le dio un fuerte golpe en su cabeza de martillo. Luego oí un ¡boom!, y el agua dejó de agitarse.

Un segundo más tarde, la enorme aleta gris surgió a unos metros de distancia, alejándose a toda velocidad. ¡El tiburón huía! Me quedé mirando la cola verde que sobresalía del agua. Cuando el mar

se calmó, oí un sonido grave y melodioso. Era muy bonito aunque un poco triste, como si alguien silbara y cantara a la vez. Parecía una ballena, pero era un animal mucho más pequeño que una ballena. La cola osciló de un lado a otro, y entonces la criatura levantó la cabeza.

Una cabeza de largos cabellos rubios.

¡La sirena!

14

Me la quedé mirando y se me olvidó todo el dolor. Estaba alucinando. ¡La sirena era justamente como la había descrito el hombre y la mujer del zoo!

La cabeza y los hombros eran más pequeños que los míos, pero su deslumbrante cola verde era muy larga y fuerte. Tenía los ojos muy brillantes, de un color verde mar, y su piel despedía un pálido resplandor rosado.

Me quedé sin habla.

«¡Es de verdad! —pensé—. ¡Y qué bonita!»

Por fin recuperaré la voz.

—Tú me... me has salvado la vida —balbuceé—. Me has salvado. ¡Gracias!

Ella bajó los ojos tímidamente y emitió un suave sonido con sus labios rosados como una concha.

—¿Qué puedo hacer para darte las gracias? —pregunté—. Haré lo que quieras.

La sirena sonrió y volvió a lanzar aquel sonido perturbador. Estaba intentando decirme algo. Ojalá hubiera podido entenderla.

Me cogió el brazo y frunció el ceño al ver las quemaduras rojas del coral. Entonces me pasó por encima su mano fría y el dolor empezó a desvanecerse.

—¡Jo! —exclamé como un idiota, pero no sabía qué decir. Su contacto era algo mágico. Si me cogía de la mano, podía flotar sin moverme, como ella.

¿Sería otro sueño? Cerré los ojos y los volví a abrir. Seguía

flotando en el agua, delante de una sirena rubia. No, no era un sueño. Ella sonrió otra vez y movió la cabeza, lanzando aquellos sonidos cantarines. Era increíble que tan sólo unos instantes antes hubiera estado yo luchando frenéticamente con un tiburón hambriento.

Levanté la cabeza y miré el mar. El tiburón había desaparecido y el agua estaba en calma, relumbrando como el oro bajo el sol de la mañana. Y yo allí, junto a una isla desierta con una sirena de verdad.

«Sheena no se lo va a creer —pensé—. No se lo creerá jamás.»

De pronto la sirena movió la cola y desapareció bajo el agua.

Yo me puse a buscarla, sorprendido, pero no había dejado ni rastro: ni una ola, ni una burbuja. ¿Dónde se habría metido? ¿Cómo había podido desvanecerse de aquel modo? ¿Volvería a verla alguna vez? Me froté los ojos y me puse a buscarla de nuevo.

Nada, ni rastro. Unos cuantos peces pasaron a toda velocidad.

La verdad es que la sirena había desaparecido tan de golpe que pensé que a lo mejor había sido un sueño.

En ese instante algo me pellizcó suavemente en la pierna. Me entró el pánico. ¡El tiburón! Pero oí una risita que parecía un silbido y me di la vuelta.

La sirena me sonreía con gesto travieso.

—¡Has sido tú! —exclamé, riendo de alivio—. ¡Eres peor que mi hermana!

Ella silbó otra vez y golpeó con la cola la superficie del agua. De pronto algo le ensombreció el rostro. Alcé los ojos para ver lo que era...

Demasiado tarde. Una pesada red nos cayó encima. Yo me debatí, pero sólo logré enredarme todavía más. La red se tensó y nos fue izando mientras nos agitábamos en vano. La sirena chillaba con cara de pánico.

—IIIIII

Nos estaban sacando del agua.

—IIIIII —El chillido asustado de la sirena ahogaba mis débiles gritos de socorro.

15

—¡Billy! ¡Es increíble!

Alcé la vista y reconocí a través de la red al doctor D. y a Sheena, que intentaban subirnos a bordo del bote neumático. Sheena nos miraba a la sirena y a mí totalmente pasmada. El doctor D. tenía los ojos y la boca muy abiertos.

—¡La has encontrado, Billy! —exclamó—. ¡Has encontrado a la sirena!

—¡Sacadme de esta red! —grité. La verdad es que ya no me parecía tan maravilloso haber atrapado a la sirena.

—Los del zoo tenían razón —murmuró mi tío—. Es increíble. Alucinante. Es algo histórico...

Aterrizamos hechos un revoltijo en el bote. La sirena se agitaba junto a mí en la red soltando agudos sonidos de enfado.

El doctor D. la observó de cerca y le tocó la cola. La sirena dio un fuerte coletazo contra el bote.

—¿Es posible que todo sea un montaje? —se preguntó mi tío en voz alta.

—Billy, ¿no será uno de tus trucos? —dijo Sheena con suspicacia.

—No es ningún truco —repliqué—. ¿Me queréis sacar de una vez? ¡Se me está clavando la red por todas partes!

No me hicieron ni caso.

Sheena metió un dedo suavemente y tocó las escamas de la cola de la sirena.

—¡Qué alucine! —exclamó—. ¡Es de verdad!

—¡Pues claro que es de verdad! —dije—. ¡Los dos somos de verdad! ¡Y los dos estamos incomodísimos!

—Bueno, lo que pasa es que es muy difícil creer nada de lo que dices —me soltó Sheena—. Como te pasas la vida hablando de monstruos marinos...

—¡Es cierto que vi un monstruo marino! —bramé.

—Calma, chicos —dijo el doctor D.—. Vamos a llevar nuestro descubrimiento al laboratorio.

Puso en marcha el motor del bote y volvimos al barco.

Alexander nos estaba esperando en la cubierta.

—¡Es cierto! —exclamó muy excitado—. ¡Es una sirena de verdad!

Sheena amarró el bote al *Cassandra* mientras Alexander y el doctor D. nos subían a bordo a la sirena y a mí. Mi tío abrió la red y me ayudó a salir. La sirena agitó la cola y se enredó todavía más.

—Estoy orgulloso de ti, Billy —me dijo Alexander estrechándome la mano—. ¿Cómo lo has logrado? ¡Es increíble! —Me dio una fuerte palmada en la espalda—. ¿Te das cuenta de que es el descubrimiento del siglo? Puede que sea el mayor hallazgo de todos los tiempos.

—Gracias —respondí—. Pero no he hecho nada. Yo no la he descubierto a ella, sino que ella me ha descubierto a mí.

La sirena dio un violento coletazo. Sus chillidos eran cada vez más agudos, más frenéticos.

Alexander se puso muy serio.

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó impaciente.

—Doctor D., tienes que dejarla libre —le pedí—. Tiene que estar en el agua.

—Voy a llenar el tanque grande con agua de mar, doctor D. —Alexander se fue corriendo.

—No podemos dejarla todavía, Billy. —A mi tío le brillaban los ojos de emoción—. Antes tenemos que estudiarla. —Al ver lo preocupado que yo estaba, añadió—: No le haremos daño, Billy. No le va a pasar nada.

Entonces me vio la pierna. Frunció el ceño y se arrodilló para mirarla mejor.

—Estás sangrando —me dijo—. ¿Te encuentras bien?

—Yo sí, pero la sirena no.

No me hizo caso.

—¿Cómo te has hecho esto?

—Me ha mordido un tiburón. Pero justo cuando estaba a punto de llevarse el bocado apareció la sirena y me salvó la vida. Tenías que haberla visto luchar con el tiburón.

El doctor D. se volvió hacia la sirena como si la viera por primera vez.

—¡No me digas...! —exclamó Sheena—. ¿Se ha enfrentado a un tiburón ella sola?

La sirena dio un furioso coletazo contra la cubierta del barco.

—IIIIIIIIII —chilló enfadada. Parecía como que estuviera llorando.

—¡Dejad mi pierna en paz! —grité yo—. ¡Hay que soltar a la sirena!

El doctor D. se levantó, moviendo la cabeza.

—Billy, soy científico, y esta sirena es un descubrimiento de la mayor importancia. Si la soltara estaría defraudando a toda la comunidad científica. ¡Estaría defraudando al mundo entero!

—Tú sólo quieres el millón de dólares —le eché en cara. Sabía que era cruel, pero no podía evitarlo. No soportaba ver sufrir a la sirena.

El doctor D. parecía herido.

—Eso no es justo, Billy. Pensaba que me conocías mejor.

Yo no me atreví a mirarle a los ojos. Bajé la cabeza y fingí examinar el corte que tenía en la pierna. No era muy profundo. Me puse la gasa que me había dado Alexander.

—Sólo quiero el dinero para seguir con mis investigaciones —añadió mi tío—. Nunca utilizaría a la sirena para hacerme rico.

Era cierto. Yo sabía que al doctor D. no le preocupaba el dinero. Lo único que quería era seguir estudiando los peces.

—Piénsalo, Billy. ¡Has encontrado una sirena! ¡Una criatura que pensábamos que no existía! No podemos soltarla así, sin más. Tenemos que descubrir cosas sobre ella —dijo muy emocionado.

Me quedé en silencio.

—No le haremos daño, Billy. Te lo prometo.

En ese momento volvió Alexander.

—El tanque está listo, doctor D.

—Gracias. —Mi tío se marchó con él al otro extremo del barco.

Yo miré a Sheena, para ver de qué lado estaba. ¿Querría que nos quedáramos con la sirena, o que la dejáramos libre? Mi hermana parecía muy tensa. Se notaba que no sabía a qué carta quedarse. Pero cuando miré a la sirena, supe que era yo el que tenía razón.

Por fin había dejado de agitarse y de dar coletazos y yacía muy quieta en la cubierta, todavía envuelta en la red. Respiraba con dificultad y miraba el mar con ojos tristes y húmedos. Me arrepentí de haber querido atraparla. Ahora lo único que deseaba era ayudarla a volver a su casa.

Alexander y el doctor D. volvieron y se llevaron a la sirena en la red. Alexander la cogía por la cola y el doctor D. por la cabeza.

—No te asustes, sirenita —dijo el doctor D. con voz muy suave—. Estate quieta.

La sirena pareció comprender porque no se debatió. Pero no dejaba de mover los ojos frenéticamente mientras soltaba gemidos apagados.

El doctor D. y Alexander la metieron en el gigantesco tanque, que estaba en cubierta lleno de agua de mar, y le quitaron la red. Después lo taparon.

La sirena agitó el agua con la cola, y luego, poco a poco, dejó de moverse y se quedó como muerta en el fondo del tanque. No se movía ni respiraba.

—¡Nooooo! —Un grito furioso escapó de mis labios—. ¡Está muerta! ¡Está muerta! ¡La hemos matado!

16

Sheena se había acercado al otro lado del tanque.

—¡Mira, Billy! —me dijo—. ¡La sirena no está muerta! Mira, parece que está llorando.

Era cierto. La sirena se había dejado caer al fondo del acuario y tenía la cara oculta entre las manos.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

Nadie respondió.

—Tenemos que encontrar la forma de alimentarla —dijo mi tío, frotándose la barbilla.

—¿Comerá como una persona o como un pez? —pregunté.

—Ojalá pudiera decírnoslo —comentó Alexander—. No habla, ¿verdad, Billy?

—No creo. Sólo lanza sonidos. Silbidos, chasquidos y zumbidos.

—Voy al laboratorio a preparar los instrumentos —dijo Alexander—. A lo mejor podemos descubrir algo sobre ella con el monitor del sónar.

—Buena idea —afirmó mi tío, pensativo—. Creo que será mejor ir a Santa Anita a por provisiones —añadió. Santa Anita era la isla habitada más próxima—. Compraré todo tipo de comida. Iremos probando con todo hasta dar con algo que le guste. ¿Vosotros queréis alguna cosa?

—Mantequilla de cacahuete —sugirió Sheena—. Ni siquiera Alexander podría destrozar un bocadillo de mantequilla de cacahuete.

El doctor D. asintió mientras subía al bote.

—Muy bien. ¿Algo más? ¿Billy?

Moví la cabeza.

—Vale —dijo mi tío—. Dentro de unas horas estoy de vuelta.

Puso en marcha el motor y se marchó hacia Santa Anita.

—Qué calor —se quejó Sheena—. Me voy un rato al camarote.

—Bueno —respondí, sin apartar la vista de la sirena.

Realmente hacía calor en cubierta. No había nada de aire, y el sol del mediodía me quemaba la cara. Pero no podía marcharme. No podía dejar a la sirena, que seguía flotando dentro del tanque, con la cola yerta.

Al verme, pegó las manos y la cara al cristal y gimió tristemente. Yo la saludé, y ella se puso a lanzar zumbidos en voz baja, intentando comunicarse conmigo. Yo la escuchaba, intentando comprenderla.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

La sirena se me quedó mirando.

—Que si tienes hambre —repetí, frotándome la tripa—. Para decir sí, haz esto. —Moví la cabeza arriba y abajo—. Y para decir no, haz así. —Sacudí la cabeza de un lado a otro.

Me detuve a ver qué hacía. Asintió con la cabeza.

—¿Sí? —dije—. ¿Tienes hambre?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—¿No? ¿No tienes hambre?

Asintió, y luego volvió a decir que no.

«Me está imitando —pensé—. En realidad no me entiende.»

Di un paso atrás y me la quedé mirando. «Es muy joven —pensé—. Se parece mucho a mí, o sea que debe tener hambre. Y lo más seguro es que le guste comer lo mismo que a mí.»

Valía la pena intentarlo.

Bajé corriendo a la cocina y saqué de un armario una caja de galletas de chocolate.

Bueno, no es precisamente pescado, ¿pero a quién no le gustan las galletas de chocolate? Cogí unas cuantas y guardé el paquete. En ese momento pasó Alexander, que iba hacia la cubierta con varios instrumentos en la mano.

—Qué, ¿tienes hambre? —me preguntó.

—Es para la sirena. ¿Crees que le gustarán?

Alexander se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

Cuando salimos a cubierta, señalé los instrumentos que llevaba.

—¿Qué es todo eso?

—He pensado hacerle algunos análisis, a ver si podemos averiguar algo de ella. Pero primero dale algo de comer.

—Vale.

Acerqué una galleta al cristal del tanque. La sirena se la quedó mirando sin saber qué era.

—Mmmm —le dije, dándome palmaditas en la tripa—. ¡Mmmm!

La sirena se tocó el vientre, imitándome sin apartar de mí sus ojos verde mar y con cara de no entender nada.

Alexander le quitó la tapa al tanque y echó la galleta al agua.

La sirena la vio caer pero no hizo ningún ademán de cogerla. Cuando llegó hasta ella estaba toda blanda y se deshizo del todo.

—¡Ag! —exclamé—. Ahora no me la comería ni yo.

La sirena apartó las migas mojadas.

—Puede que el doctor D. le traiga algo que le guste.

—Espero que sí —contesté.

Alexander se puso a preparar el equipo. Metió dentro del tanque un termómetro y unos largos tubos blancos.

—¡Vaya! —dijo moviendo la cabeza—. Se me ha olvidado el cuaderno de notas. —Y volvió corriendo al laboratorio.

Yo me quedé mirando a la sirena, que flotaba tristemente en su acuario lleno de tubos. Parecía uno de los peces del laboratorio.

«No —pensé—. No es un pez. No deberíamos tratarla así.» Recordé cómo se había enfrentado al tiburón. La podría haber matado fácilmente, pero luchó con él a pesar de todo, sólo para ayudarme.

La sirena se puso a gemir, y vi que se llevaba las manos a los ojos.

«Está llorando otra vez», pensé. Me sentía culpable. Pegué la cara al cristal, acercándome a ella todo lo que pude.

«Tengo que ayudarla.»

—Shhh —susurré, llevándome el dedo a los labios—. No hagas ruido. Tengo que darme prisa.

Sabía que el doctor D. se iba a enfadar muchísimo, y que

probablemente no me lo perdonaría nunca. Pero no me importaba.
Iba a hacer lo que yo creía correcto. Iba a liberar a la sirena.

17

Cuando intenté destapar el tanque me temblaba la mano. El tanque era mucho más alto que yo, y no sabía muy bien cómo sacar de allí a la sirena. Pero tenía que encontrar la forma.

Estaba forcejeando para quitar la tapa, cuando la sirena se puso a chillar:

—¡IIII! ¡IIIII!

—¡Shhh! ¡No hagas ruido! —le advertí. Pero alguien me cogió del brazo y di un bote del susto.

—¿Qué haces? —preguntó una voz grave.

Me di la vuelta, me aparté del tanque y Alexander me soltó el brazo.

—¿Qué estás haciendo, Billy? —volvió a preguntar.

—¡Lba a soltarla! —exclamé—. ¡No podemos tenerla ahí, Alexander! ¡Mira qué triste está!

Nos quedamos mirando a la sirena, que se había dejado caer otra vez en el fondo del tanque. Creo que sabía que yo intentaba ayudarla y que no me habían dejado. Vi que Alexander también estaba triste. Se notaba que le daba pena, pero tenía que hacer su trabajo.

—Billy, tienes que comprender que esta sirena es muy importante para tu tío —me dijo, rodeándome con el brazo—. Ha trabajado toda su vida para hacer un descubrimiento como éste. Si la sueltas, le destrozará el corazón.

Me fue apartando lentamente del acuario. Yo me di la vuelta para mirar otra vez a la sirena.

—¿Y su corazón, qué? —pregunté—. Yo creo que a ella se le rompe el corazón de estar encerrada en esa pecera.

Alexander suspiró.

—Ya sé que no es el mejor sitio, pero sólo es temporal. Pronto tendrá mucho espacio para nadar y jugar.

«Ya... —pensé amargamente—. Como atracción del zoo, con millones de personas mirándola con la boca abierta.»

Alexander se frotó la barbilla.

—Tu tío es un hombre muy responsable, Billy. Hará lo que pueda para que la sirena tenga todo lo que necesita. Pero su deber es estudiarla. Con ella puede aprender cosas que nos ayudarán a comprender y a cuidar mejor el mar. Y eso es importante, ¿no te parece?

—Supongo.

Sabía que Alexander tenía parte de razón. Yo quería mucho al doctor D. y no deseaba echar a perder su gran descubrimiento. Pero por otra parte, era injusto que la sirena tuviera que sufrir por el bien de la ciencia.

—Ven, Billy —dijo Alexander mientras me llevaba bajo cubierta—. Te había prometido que te enseñaría cómo funciona el sónar, ¿verdad? Vamos al laboratorio y te haré una demostración.

Antes de bajar eché una última ojeada a la sirena. Seguía tristemente acurrucada en el fondo del tanque, con la cabeza baja y los cabellos rubios flotando en torno a ella como si fuesen algas.

El sónar no era tan interesante como yo había pensado. Lo único que hacía era emitir un pitido cuando el *Cassandra* corría peligro de encallar. Alexander se dio cuenta de que yo no estaba muy concentrado.

—¿Te apetece comer algo? —me preguntó.

Oh, oh. La comida. Tenía hambre, pero desde luego no me apeteecía un bocadillo de pollo picante.

—Bueno —vacilé—, he almorzado mucho...

—Te voy a preparar algo especial —sugirió—. Podemos comer en cubierta, con la sirena. Vamos.

Le seguí hasta la cocina, qué iba a hacer... Alexander sacó un cuenco de la nevera.

—Esto lleva macerándose toda la mañana —aseguró. El cuenco

estaba lleno de unas finas tiras de una cosa blanca de aspecto gomoso que flotaban en un líquido oscuro y grasiento.

No sabía lo que era, pero seguro que era incomedible.

—Es calamar macerado —dijo Alexander—. Le he puesto un poco de tinta de calamar para darle sabor, por eso está tan negro.

—Hmmm —exclamé con los ojos en blanco—. ¡Hace mucho que no tomo tinta de calamar!

—No seas burlón. Seguro que te va a gustar —replicó Alexander, ofreciéndome el cuenco—. Llévatelo a cubierta. Yo subiré el pan y el té helado.

Me llevé el cuenco de calamares y lo puse junto al tanque de la sirena.

—¿Cómo te va? —pregunté.

Ella movió un poco la cola y luego abrió y cerró la boca, como si estuviera masticando.

—Oye, tienes hambre, ¿verdad?

Ella seguía moviendo la boca. Miré de reojo el cuenco de calamares.

«¿Quién sabe? —pensé—. A lo mejor le gusta.»

Me subí a la borda y le tiré un trozo de calamar.

La sirena se lanzó sobre él, lo cogió con la boca y sonrió después de tragárselo.

¡Le gustaba!

Le di un poco más y luego me froté la tripa.

—Te gusta, ¿eh? —pregunté, moviendo la cabeza arriba y abajo. Ella sonrió y movió también la cabeza. ¡Me había entendido!

—¿Qué haces, Billy? —me preguntó Alexander, que llegaba con dos platos y un trozo de pan.

—¡Mira! —exclamé—. ¡Estamos hablando!

Eché otro trozo de calamar al acuario. La sirena se lo comió, y luego asintió con la cabeza.

—¡Eso quiere decir que le gusta!

—¡Vaya! —murmuró Alexander. Y se puso a escribir en su cuaderno de notas.

—¿A que es una pasada? Yo también soy un científico, ¿verdad, Alexander?

Él asintió sin dejar de escribir.

—Soy la primera persona en el mundo que se ha comunicado con una sirena —insistí.

—Si nos la quedamos el tiempo suficiente, a lo mejor puedes hablar con ella por señas. Imagínate la cantidad de cosas que podríamos descubrir.

Alexander se puso a leer en voz alta lo que escribía.

—Le gustan los calamares. —De pronto dejó el lápiz—. ¡Oye, pero si era nuestra comida...!

«Espero que no se sienta herido en su orgullo», pensé.

Alexander me miró, luego miró el cuenco y después a la sirena. Y entonces se echó a reír.

—¡Por fin alguien a quien le gusta mi comida! —exclamó.

Una hora después volvió el doctor D. con las provisiones. Por suerte había comprado mucho pescado en Santa Anita. Le dimos un poco a la sirena para cenar. Mientras ella comía, el doctor D. fue inspeccionando las lecturas de los instrumentos que Alexander había metido en el tanque.

—Muy interesante —comentó—. Envía señales de sónar, como las ballenas.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sheena.

—Pues que es probable que haya otras sirenas —contestó—. Seguramente está intentando ponerse en contacto con ellas.

«Pobre sirenita —pensé—. Está llamando a sus amigas para que la rescaten.»

Después de cenar me fui a mi camarote y me puse a mirar por el pequeño ojo de buey.

El sol anaranjado se hundía lentamente en el horizonte, y un manto de luz dorada brillaba sobre las olas del mar. Por la ventana entraba una brisa fresca. Me quedé mirando la puesta de sol hasta que el cielo se oscureció de pronto, como si alguien hubiera apagado la luz.

Pensé que la sirena se había quedado allí sola, en cubierta. Debía de estar muy asustada. Era una prisionera, atrapada en una pecera en la oscuridad.

De pronto se abrió de golpe la puerta del camarote e irrumpió Sheena, jadeando y con cara de espanto.

—¡Sheena! —exclamé enfadado—. ¿Cuántas veces he de decirte

que no entres sin llamar?

No me hizo ni caso.

—¡Billy! —resolló—. ¡Se ha escapado! ¡La sirena se ha escapado!

18

Me levanté de un brinco, con el corazón a galope.

—¡No está! —gritó Sheena—. ¡No está en el tanque!

Salí zumbando del camarote y subí a cubierta.

Por una parte esperaba que se hubiera escapado de verdad, pero por otra quería que estuviera con nosotros para siempre... y que mi tío se convirtiera en el científico más famoso del mundo y yo en el sobrino del científico más famoso del mundo.

«Por favor, que esté bien», imploré.

Una vez en cubierta esperé a que se me acostumbraran los ojos a la oscuridad. En torno al barco brillaban luces diminutas. Miré el gigantesco acuario y me acerqué tan deprisa que estuve a punto de caerme por la borda. Sheena iba detrás de mí.

—¡Oye! —exclamé al ver a la sirena flotar apática en el agua, con su cola verde relumbrando débilmente. Tardé unos segundos en darme cuenta de que Sheena se estaba riendo.

—¡Qué bobo! —gritó alborozada—. ¡Te he vuelto a engañar!

Le solté un gruñido. ¡Otra de las bromitas de Sheena!

—Muy graciosa, Sheena —dijo amargamente—. Te pasas de graciosa.

—Venga, Billy, no te enfades.

La sirena me miró y esbozó una débil sonrisa.

—Luuuuuuuuu, luuuuuuuu —dijo como en un arrullo.

—Es preciosa —dijo Sheena.

«La sirena cree que la voy a soltar —pensé—. A lo mejor debería...»

Decidí que mi hermana podía ayudarme. Entre los dos sería más fácil. ¿Pero estaría dispuesta a cooperar?

—Sheena... —comencé, pero en ese momento oí unos pasos.

—Eh, chicos. —Era el doctor D.—. Es hora de irse a la cama.

—En casa nunca nos acostamos tan pronto —se quejó Sheena.

—Es posible, pero seguro que tampoco os levantáis tan temprano, ¿a que no?

Sheena tuvo que admitirlo. Los tres nos quedamos mirando en silencio a la sirena. Ella agitó débilmente la cola y se dejó caer al fondo del tanque.

—No os preocupéis por ella —dijo nuestro tío—. Vendré por aquí toda la noche para ver si está bien.

La sirena pegó sus pequeñas manos al cristal y nos suplicó con los ojos que la dejáramos libre.

—Se sentirá mejor cuando llegue al Zoo Marina —afirmó el doctor D.—. Le están haciendo una laguna sólo para ella, con un arrecife y todo. Será exactamente como la laguna de Ilandra, y allí podrá nadar y jugar a sus anchas. Se sentirá como en casa.

«Eso espero», pensé. Pero no estaba muy seguro.

Esa noche, a pesar de que el *Cassandra* me acunaba suavemente, no había forma de dormir. Me quedé en la litera mirando el techo.

Un pálido rayo de luna entraba por la lumbrera y me daba en la cara. No podía dejar de pensar en la sirena.

Intenté imaginar lo que sería pasarme un día entero encerrado en un tanque de cristal. «Debe ser lo mismo que estar atrapado en este pequeño camarote», pensé mirando a mi alrededor. La habitación era casi como un armario. Sería terrible. Me desabroché el cuello del pijama y abrí el ojo de buey para que entrara el aire.

Y tal vez el tanque no fuera lo peor. Yo sabía que el doctor D. cuidaría bien a la sirena y no le haría ningún daño, pero ¿qué pasaría cuando se la llevaran los del zoo? ¿Quién se encargaría de ella?

Sí, le estaban haciendo una laguna artificial y todo eso, pero no sería lo mismo que una de verdad. Y siempre habría gente mirándola. Seguramente esperarían que hiciera algunas acrobacias o algo por el estilo. A lo mejor la obligaban a saltar a través de aros, como los delfines amaestrados. Y seguro que la sacarían también en

anuncios de la tele, y en espectáculos y películas. Sería una prisionera, una prisionera solitaria durante el resto de su vida. Y todo por mi culpa. ¿Cómo había podido permitir que eso pasara? «Tengo que hacer algo —decidí—. No puedo dejar que se la lleven.»

En ese momento me pareció oír algo, como un murmullo a lo lejos. Me quedé muy quieto, escuchando. Al principio pensé que sería la sirena, pero enseguida me di cuenta de que era el ruido de un motor. Se acercaba un barco.

Me incorporé y miré por el ojo de buey. El barco se pegó en silencio al *Cassandra*. ¿Serían los del zoo? ¿En plena noche? No, no era el mismo barco. Éste era mucho más grande. Vi que dos oscuras figuras subían a bordo furtivamente. Y luego otras dos. Se me aceleró el corazón. ¿Quiénes serían? ¿Qué estarían haciendo? ¿Qué podía hacer yo? ¿Espiarles? ¿Y si me veían?

Entonces se oyeron unos ruidos muy raros. Un golpe, un apagado grito de dolor. Venían de la cubierta. ¡La cubierta! Allí estaba la sirena, atrapada en el tanque.

«¡Oh, no! —pensé con un escalofrío de terror—. ¡Le están haciendo algo!»

19

Subí corriendo a cubierta, seguido por mi hermana.

Tropecé con un cabo y me agarré a la borda para no caerme. Luego me lancé ciegamente contra el tanque de cristal. La sirena estaba acurrucada en el fondo, rodeándose con los brazos como para protegerse. Junto a ella había cuatro hombres vestidos de negro y con máscaras negras en la cara. Uno de ellos tenía en la mano una porra. En el suelo yacía un hombre boca abajo. ¡El doctor D.!

Sheena soltó un grito, se acercó corriendo y se arrodilló junto a él.

—¡Le han dado un golpe en la cabeza! —exclamó—. ¡Está desmayado!

—¿Quiénes sois? —pregunté, conteniendo la respiración—. ¿Qué hacéis en nuestro barco?

Nadie contestó.

Dos hombres desplegaron una pesada red y la echaron al tanque, sobre la sirena.

—¡Quietos! —grité—. ¿Qué estáis haciendo?

—Quietos tú, niño —masculló el hombre de la porra, amenazándome con ella. No pude hacer otra cosa que mirar cómo envolvían a la sirena con la red.

¡La estaban raptando!

—¡IIII! ¡IIIIIIII! —chillaba aterrorizada, dando manotazos para librarse de la pesada red.

—¡Basta! ¡Dejadla en paz! —grité.

Uno de los hombres soltó una carcajada. Los demás seguían sin prestarme atención.

Sheena estaba haciendo todo lo posible por despertar al doctor D. Yo me asomé a la escotilla.

—¡Alexander! ¡Alexander! ¡Socorro!

Alexander era grande y fuerte, y quizá pudiera detener a aquellos hombres.

Volví corriendo al acuario. La sirena estaba atrapada en la red y los cuatro hombres tiraban para sacarla del tanque. Ella se agitaba y se debatía con todas sus fuerzas.

—¡IIIII! —El agudo chillido me atravesó los tímpanos.

—¿No podéis hacer que se calle? —dijo furioso uno de los hombres.

—Tenemos que llevarla al barco —replicó el que tenía la porra.

—¡Alto! —grité—. ¡No podéis llevárosla!

Y entonces perdí totalmente la cabeza y me lancé contra ellos. Lo único que pensé fue en detenerlos. Uno me apartó fácilmente con una mano.

—Estáte quieto, chaval, si no quieres hacerte daño —masculló.

—¡Soltadla! ¡Dejad a la sirena! —grité frenético.

—Olvídate de ella. No la volverás a ver.

Me agarré a la borda. El corazón me martilleaba el pecho. No podía soportar los aterrorizados chillidos de la sirena. No podía permitir que se la llevaran. No podía quedarme de brazos cruzados. Ella me había salvado la vida, y ahora me tocaba a mí salvársela a ella. Pero, ¿qué podía hacer? Los hombres la habían sacado del tanque envuelta en la red. Ella se agitaba y se retorció como loca, salpicando agua por toda la cubierta.

«Me lanzaré contra ellos —pensé—. Los tiraré al suelo y luego echaré a la sirena al mar para que sea libre.»

Bajé la cabeza como un jugador de rugby, cogí aire y me lancé a la carga.

20

—¡No, Billy! —gritó Sheena.

Me estrellé contra uno de los hombres que sostenían la red y le di un buen cabezazo en el estómago, pero me quedé patitieso al ver que apenas se movió. El tipo me agarró con la mano que tenía libre y me tiró al tanque. Yo salí a la superficie escupiendo agua.

Los hombres metieron a la sirena en su barco. ¡Se iban a escapar! Intenté salir del tanque pero era demasiado alto, y cada vez que quería subir me resbalaba por el cristal.

Sabía que sólo una persona podía detener a los enmascarados: Alexander.

¿Dónde estaba? ¿Cómo es que no había oído todo el jaleo?

—¡ALEXANDER! —grité con todas mis fuerzas. Las paredes de vidrio apagaron mi voz, pero un instante después apareció en cubierta su musculosa silueta. ¡Por fin!

—¡Alexander! —grité, intentando mantenerme a flote en el tanque—. ¡Detenlos!

El motor del otro barco había empezado a rugir y tres de los enmascarados se habían ido ya del *Cassandra*. Alexander se acercó al único que quedaba y lo cogió del hombro.

«¡Sí! —pensé—. ¡Cógelo, Alexander! ¡Detenlo!»

Nunca había visto a Alexander pegar a nadie, pero sabía que podía hacerlo si era necesario.

Pero en vez de pegarle, Alexander se puso a hablar con él.

—¿Está a salvo la sirena en el barco? —preguntó.

El hombre asintió.

—Bien —replicó Alexander—. ¿Has traído la pasta?

—Aquí está.

—De acuerdo. Salgamos de aquí.

21

Tragué tanta agua que casi me ahogo. ¡Era increíble! ¡Alexander trabajaba para los enmascarados! ¡Y eso que parecía tan buen tío! Estaba claro que lo había planeado todo. Él les había dicho que la sirena estaba a bordo.

—¡Alexander! —exclamé—. ¿Cómo has podido...?

Se me quedó mirando a través del cristal.

—Oye, Billy, es una simple cuestión de negocios —dijo encogiéndose de hombros—. El zoo iba a pagar un millón de dólares por la sirena, pero mis nuevos jefes pagan veinte millones. —Sonrió—. Tú que sabes matemáticas, Billy, ¿con cuál te quedarías?

—¡Cerdo! —grité, con ganas de darle un puñetazo.

Me debatí para salir del tanque, pero lo único que conseguí fue salpicar mucho y que se me metiera agua por la nariz.

Alexander se disponía a marcharse al otro barco. Me puse a golpear como un loco el cristal.

Entonces vi que Sheena se levantaba y que el doctor D. se empezaba a mover. Alexander pasó por encima de él sin darse cuenta de nada. Pasaba incluso de que el doctor D. estuviera herido. Justo en ese momento mi tío le cogió la pierna y Alexander cayó de cuatro patas.

—¡Eh! —exclamó.

Sheena lanzó un grito y se pegó a la borda. «Quizá todavía haya esperanza —pensé, con el corazón cada vez más acelerado—. Tal vez al final no se salgan con la suya.»

Alexander se sentó en el suelo, frotándose el codo.

—¡Cogedlos! —les gritó a los enmascarados.

Dos de los hombres subieron al *Cassandra* y atraparon al doctor D. Sheena se lanzó contra ellos, dándoles débiles puñetazos con sus manitas, cosa que naturalmente no sirvió de nada. Un tercer hombre le cogió los brazos y se los inmovilizó a la espalda.

—¡Dale una patada, Sheena! —grité. Ella lo intentó, pero el hombre la agarró con más fuerza. No se podía mover—. ¡Soltadlos! —chillé desesperado.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó uno.

—Lo que sea, pero hacedlo rápido —contestó Alexander—. Tenemos que salir de aquí.

El hombre que tenía a Sheena me miró. Yo no hacía más que chapotear en el tanque, intentando mantenerme a flote.

—Pueden llamar a la policía de la isla o al guardacostas —dijo con el ceño fruncido—. Es mejor matarlos.

—¡Echadlos al tanque! —ordenó otro.

22

—¡Alexander! —exclamó el doctor D.—. Sé que no eres un hombre cruel. No permitas que hagan esto.

Alexander esquivó la mirada de mi tío.

—Lo siento, doctor D. —murmuró—. No puedo detenerlos. Si lo intentara, me matarían a mí también. —Y sin decir más se marchó al otro barco.

«¡Qué cerdo!», pensé furioso.

Dos de los enmascarados tiraron al doctor D. al tanque.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Él se frotó la nuca y asintió.

Luego le tocó a Sheena. La lanzaron por los aires fácilmente y cayó agitando brazos y piernas. A continuación los hombres taparon el tanque y lo dejaron bien cerrado. Yo me quedé horrorizado al darme cuenta de que no había forma de escapar.

El agua del tanque tenía una altura de dos metros. Todos teníamos que movernos para mantenernos a flote y apenas había sitio para los tres.

—Venga —dijo uno de los hombres—. Vámonos.

—¡Un momento! —gritó el doctor D.—. ¡No podéis dejarnos aquí!

Los tres enmascarados se miraron.

—Tienes razón, no podemos.

Al ver que se acercaban pensé que al fin y al cabo no eran monstruos sin escrúpulos. Nos iban a salvar. Pero en vez de eso, el primer hombre le hizo una señal a los otros dos y entre todos

cogieron el tanque.

—Una, dos... y tres —gritó el primero. A la de tres empujaron el tanque por encima de la borda. El acuario cayó al mar con nosotros dentro y enseguida empezó a entrar agua.

—¡El tanque se hunde! —gritó el doctor D.

El barco de los secuestradores se alejó, levantando una estela de olas.

—¡Nos hundimos! —chilló Sheena—. ¡Nos vamos a ahogar!

23

Los tres nos pusimos a empujar desesperadamente la tapa del tanque. Yo le empecé a dar puñetazos y el Doctor D. intentó abrirla con el hombro. Pero el tanque se bamboleó y nos caímos hacia atrás. La tapa era de malla de acero, y estaba sujeta por unos pestillos por fuera del tanque, de forma que para abrirla teníamos que romperla.

Empujamos con todas nuestras fuerzas, pero la malla ni se movió. Nos íbamos hundiendo lentamente. La luna desapareció tras unas nubes y nos dejó en la más completa oscuridad. Sólo teníamos un par de minutos antes de que el tanque se sumergiera por completo.

Sheena se echó a llorar.

—¡Tengo mucho miedo! —sollozó—. ¡Tengo mucho miedo!

El Doctor D. la emprendió a puñetazos contra la pared de cristal y yo pasé las manos por la tapa de malla buscando un punto débil, hasta que encontré un diminuto pestillo.

—¡Mirad! —grité, mientras forcejeaba para abrirlo—. ¡Está atascado!

—Déjame a mí. —El Doctor D. lo intentó también—. Imposible, está oxidado.

—A lo mejor se puede abrir con esto. —Sheena nos dio el pasador que se había quitado del pelo, y el Doctor D. se puso a rascar el pestillo con él.

—¡Esto va bien! —exclamó.

«Puede que aún haya esperanza —pensé yo—. ¡A lo mejor

logramos salir de aquí!»

El Doctor D. dejó de raspar y tiró del pestillo. ¡Se movía! Por fin se abrió.

—¡Estamos libres! —gritó Sheena.

Todos empujamos la tapa, pero nada.

—Venga chicos, más fuerte —nos apremió.

Seguimos empujando, pero la tapa no se movía porque estaba sujeta por otros dos pestillos a los que no podíamos llegar. Nos quedamos en silencio. Sólo se oían los suaves y asustados sollozos de Sheena y el tranquilo rumor de las olas.

El agua ya casi llegaba hasta arriba del tanque. Pronto nos cubriría.

De pronto el mar se oscureció. Las aguas se agitaron y el acuario empezó a balancearse.

—¿Qué es eso? —preguntó mi hermana.

Y entonces oí un sonido muy raro. Llegaba muy débil, como si viniera de muy lejos.

—Parece la sirena de una fábrica —murmuró el Doctor D.

Los espectrales gemidos se alzaban sobre el agua, cada vez más fuertes, cada vez más cerca. Hasta que aquel sonido, agudo como un chirrido metálico, nos rodeó por completo. De repente vimos oscuras formas que nadaban en torno al tanque y pegamos la cara al cristal.

—Nunca he oído nada igual —comentó el Doctor D.—. ¿Qué puede ser?

—Viene de todas partes —dije yo.

Las oscuras formas agitaban el agua. Yo intenté ver algo entre la espuma... y me aparté sobresaltado. Había aparecido una cara pegada al cristal, delante de mis narices.

Luego surgieron más caras. Estábamos rodeados de pequeños rostros de niña que nos miraban amenazadores, con los ojos muy abiertos.

—¡Sirenas! —grité.

—¡A montones! —exclamó el Doctor D., totalmente pasmado.

Las sirenas agitaban el agua con sus largas colas. Sus cabellos, como algas negras en el agua oscura, flotaban en torno a sus rostros. El tanque se bamboleaba cada vez con más violencia.

—¿Qué quieren? —preguntó Sheena con voz temblorosa.

—Parecen enfadadas —dijo nuestro tío.

Yo me las quedé mirando. Nadaban a nuestro alrededor como fantasmas. De pronto cogieron el tanque con las manos y se pusieron a golpear el agua con la cola. Y entonces supe lo que querían.

—Venganza —murmuré—. Han venido a vengarse. Nosotros atrapamos a su amiga, y ahora nos lo quieren hacer pagar.

24

Unas oscuras manos presionaron el cristal.

—¡Nos están hundiendo! —gritó el doctor D.

Yo me quedé mirando la silueta de las manos, aterrorizado.

Pero de pronto el tanque empezó a subir, cada vez más.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —preguntó Sheena.

—¡Nos están sacando del agua! —exclamé alegremente.

—Las sirenas no se van a vengar... ¡Nos están salvando! —dijo el doctor D.

El tanque emergió al lado del *Cassandra*. Encima de nosotros se veían las diminutas manos de las sirenas. Entonces se abrieron los pestillos y se levantó la tapa. , El doctor D. aupó a Sheena con un feliz gruñido y mi hermana se encaramó al barco.

Después subí yo y entre los dos ayudamos al doctor D. Estábamos empapados y tiritando de frío, pero a salvo.

Las sirenas nadaban a nuestro alrededor, mirándonos con sus ojos claros.

—Gracias —les dijo el doctor D.—. Nos habéis salvado la vida.

Me di cuenta de que era la segunda vez que una sirena me salvaba la vida. Tenía una gran deuda con ellas.

—Hay que salvar a la sirena secuestrada —dije—. ¡Quién sabe lo que le harán Alexander y esos tipejos!

—Sí —estuvo de acuerdo Sheena—. ¡Mirad lo que han intentado hacer con nosotros!

—Me gustaría rescatarla —murmuró el doctor D. moviendo la cabeza—. Pero no sé cómo podemos hacerlo. ¿Cómo vamos a

encontrar el barco en la oscuridad? Hace mucho que ha desaparecido.

Pero yo sabía que tenía que haber una manera. Me asomé por la borda para mirar a las sirenas que nadaban a la luz de la luna, lanzando arrullos y grititos.

—¡Ayudadnos! —les pedí—. Queremos rescatar a vuestra amiga. ¿No podéis llevarnos hasta ella?

Esperé, conteniendo la respiración. ¿Me habrían entendido? ¿Podrían ayudarnos?

Se pusieron a hablar entre ellas a base de chasquidos y silbidos, y luego una sirena de pelo oscuro y con una cola especialmente larga se colocó en cabeza del grupo y empezó a silbar. Parecía estar dando órdenes.

Ante nuestros asombrados ojos, las sirenas formaron una larga hilera.

—¿Creéis que nos van a conducir hasta los secuestradores? —pregunté.

—Tal vez —respondió mi tío pensativo—. Pero, ¿cómo van a encontrar el barco? —Se frotó la barbilla—. Ya sé. A lo mejor utilizan su sónar. Ojalá tuviera tiempo para estudiar bien los sonidos que emiten...

—¡Mira, doctor D.! —interrumpió Sheena—. ¡Las sirenas se marchan!

—¡Deprisa! —grité yo—. ¡Tenemos que seguir las!

—Es demasiado peligroso —replicó nuestro tío con un suspiro—. No podemos enfrentarnos solos a Alexander y a los cuatro enmascarados.

El doctor D. se puso a recorrer la estrecha cubierta.

—Claro que podríamos llamar a la policía de la isla —dijo finalmente—. Pero, ¿qué les decimos? ¿Que estamos buscando a unos secuestradores de sirenas? Nadie nos creería.

—¡Tenemos que seguir las, doctor D.! ¡Por favor! —supliqué—. ¡Se están perdiendo de vista!

Él se me quedó mirando un momento.

—Está bien —dijo finalmente—. Vamos.

Fui corriendo a estribor para soltar el bote. El doctor D. lo echó al agua y embarcó de un salto. Sheena y yo fuimos detrás. Pusimos

en marcha el motor y salimos disparados tras la larga hilera de sirenas, que surcaba el agua a toda velocidad.

Unos quince o veinte minutos después nos encontramos en una pequeña ensenada desierta. La luna apareció entre las nubes y arrojó su pálida luz sobre un oscuro barco anclado cerca de la orilla.

El doctor D. paró el motor para que los secuestradores no nos oyeran.

—Deben estar dormidos —murmuró.

—¿Cómo puede dormir Alexander después de lo que nos ha hecho? —dijo Sheena—. ¡Ha querido matarnos!

—La gente hace cosas horribles por dinero —explicó tristemente nuestro tío—. Pero es mejor que crean que estamos muertos, así los pillaremos por sorpresa.

—¿Dónde está la sirena? —pregunté yo sin apartar la vista del barco, que cabecía suavemente bajo la brumosa luz de la luna. Habíamos encontrado a los secuestradores. Sólo quedaba un problema: ¿qué podíamos hacer?

25

El viento se había calmado y el barco de los secuestradores flotaba inmóvil sobre las cristalinas aguas de la ensenada.

—¿Dónde se han metido las sirenas? —susurró Sheena.

Me encogí de hombros. No había ni rastro de ellas. Debían de estar escondidas muy por debajo del agua.

De pronto vi que el mar se rizaba junto al barco. Nuestro bote se acercaba lenta y silenciosamente. Me quedé mirando las ondas hasta que vi un destello de pelo rubio a la luz de la luna.

—¡La sirena! —susurré—. ¡Ahí está!

Flotaba en el agua, atada al barco.

—Seguramente no tienen ningún tanque para meterla —dijo muy excitado el doctor D.—. Es una suerte.

De pronto vimos otras figuras que agitaban el agua. Eran las sirenas. Rodearon a la cautiva, levantaron las colas como abanicos gigantes y se pusieron a tirar de la cuerda que la sujetaba.

—Las sirenas la están soltando —murmuré.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sheena.

—Vamos a ver si consiguen liberarla —replicó el doctor D.—. Y luego nos marcharemos. Los raptores no se darán ni cuenta de que hemos estado aquí.

Las sirenas siguieron forcejeando con la cuerda mientras nuestro bote flotaba junto al barco de los enmascarados.

—¡Venga, sirenitas! —las apremió Sheena en un susurro—. ¡Daos prisa!

—Igual podemos ayudarlas —dije yo.

El doctor D. puso rumbo hacia ellas.

De pronto se me encogió el corazón al ver una luz en el barco.
Habían encendido una antorcha.

—¿Qué estáis haciendo? —bramó una voz furiosa.

26

La luz de la antorcha me dio justo en la cara, y uno de los secuestradores se me quedó mirando con el ceño fruncido. Se había puesto la máscara tan deprisa que sólo le cubría la parte superior del rostro.

Entonces oí ruidos y gritos de sorpresa, y Alexander y los otros tres hombres aparecieron en cubierta.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó el de la antorcha—. ¿Cómo es que no estáis muertos?

—Hemos venido a por la sirena —respondió el doctor D.

Al ver que tenía la antorcha encima de mí, me puse de pie y le di un manotazo para tirarla al agua.

—¡No, Billy! —gritó el doctor D.

El enmascarado retiró la antorcha y yo me caí encima de Sheena.

—¡Devolvednos la sirena! —exigió nuestro tío.

—La sirena es nuestra —dijo el enmascarado—. Habéis hecho un largo viaje para nada. Y ahora mirad, tenéis un incendio a bordo.

Dicho esto, bajó la antorcha y prendió fuego a nuestro bote.

27

Las llamas amarillas y naranjas se extendían rápidamente, destacando contra el cielo negro.

Sheena lanzó un grito de terror e intentó apartarse del fuego. Quiso saltar al agua, presa del pánico, pero el doctor D. la retuvo.

—¡No te bajes del bote! ¡Te ahogarías!

El fuego crepitaba y las llamas subían cada vez más alto.

El doctor D. intentaba frenéticamente sofocar el incendio dando golpes con un chaleco salvavidas.

—¡Billy, coge un chaleco! —gritó—. Sheena, busca el cubo y echa agua a las llamas. ¡Deprisa!

Hice lo que me decían, y Sheena se puso a echar agua al fuego a toda velocidad.

Por encima del crepitar de las llamas oí la voz de Alexander:

—¡Subid a bordo la sirena! ¡Hay que salir de aquí!

—¡Doctor D.! —grité—. ¡Se marchan!

—¡La sirena! —exclamó uno de los secuestradores—. ¿Dónde está la sirena?

Me volví a mirar. La sirena había desaparecido.

Uno de los hombres se asomó por la borda y me agarró.

—¿Qué habéis hecho con ella?

—¡Suéltale! —gritó el doctor D.

Intenté zafarme, pero el secuestrador me tenía bien agarrado. Otro de los hombres quiso golpear al doctor D. con una porra, pero mi tío esquivó el golpe. Entonces el otro fue a darle en el estómago, pero mi tío volvió a escabullirse.

Yo me debatía y daba patadas como un loco. Sheena le cogió las manos al enmascarado para ayudarme a escapar, pero otro la agarró por las muñecas y la arrojó al suelo del bote.

—¡Dejad a los niños! —suplicó el doctor D.—. ¡Alexander! ¡Ayúdanos!

Alexander no se movió. Estaba en cubierta, con los brazos cruzados, observando tranquilamente la pelea. El fuego estaba casi dominado, pero de repente se alzaron las llamas de nuevo.

—¡El fuego, Sheena! —grité—. ¡Apaga el fuego!

Mi hermana cogió el cubo y se puso a echar agua por todas partes.

Uno de los secuestradores le arrojó el cubo al mar de una patada. Sheena cogió un chaleco salvavidas y con él sofocó las últimas llamas.

—¡Bajad al bote y tiradlos al agua! —gritó alguien.

Pero cuando uno de los hombres quiso saltar por la borda, cayó hacia delante agitando los brazos con un grito de sorpresa. Su barco se había inclinado bruscamente hacia un lado, como si lo golpeará una tremenda ola. Luego empezó a bambolearse, lentamente al principio y con gran violencia después. Los secuestradores se agarraron a la borda, gritando, confusos y alarmados.

El doctor D. se levantó despacio para ver qué pasaba. El barco parecía estar en pleno temporal.

Eran las sirenas, que habían rodeado el barco y lo empujaban cada vez con más fuerza.

—¡Misión cumplida! —exclamó alegremente el doctor D., poniendo el motor en marcha.

Mientras nos alejábamos, vi que el barco seguía bamboleándose en el agua. Y vi también a nuestra sirena, junto a sus compañeras.

—¡Está libre! —grité—. ¡Está libre!

—Ojalá se encuentre bien —dijo Sheena.

—Mañana iremos a buscarla —anunció el doctor D.—. Ahora sabemos dónde está.

Sheena y yo nos miramos.

«Oh, no —pensé—. No puede ser.»

¿Pensaba mi tío capturar de nuevo a la sirena para entregársela a los del zoo?

A la mañana siguiente, Sheena y yo nos encontramos en la cocina. Como Alexander ya no estaba, nos teníamos que hacer nosotros el desayuno.

—¿Crees que la sirena habrá vuelto a la laguna? —me preguntó mi hermana.

—Supongo —contesté—. Vive allí.

Sheena se metió en la boca una cucharada de cereales y se puso a masticar con expresión pensativa.

—Oye, Sheena, si alguien te diera un millón de dólares, ¿tú le dirías dónde vive la sirena?

—No. Si quisiera capturarla, no.

—Yo tampoco —dije—. Eso es lo que no comprendo. El doctor D. es un tío estupendo. No puedo creer que...

Me callé al oír un ruido. Era un motor. Sheena se quedó escuchando también. Dejamos el desayuno y subimos corriendo a cubierta. Allí estaba el doctor D., viendo cómo se acercaba un barco blanco que tenía escrito en el costado, con grandes letras, «ZOO MARINA».

—¡Los del zoo! —le dije a Sheena.

¿Qué haría nuestro tío?, me pregunté cada vez con más miedo. ¿Les diría dónde estaba la sirena? ¿Aceptaría el millón de dólares?

Sheena y yo nos agachamos detrás de la cabina del timón.

El señor Showalter le tiró un cabo al doctor D. y amarró el barco junto al *Cassandra*. Luego subió a bordo con la señora Wickman. Los dos, muy sonrientes, le estrecharon la mano, y él les saludó con gesto solemne.

—Los pescadores de Santa Anita comentan que ha encontrado usted a la sirena —dijo el señor Showalter—. Hemos venido a por ella.

La señora Wickman sacó un sobre de su maletín.

—Aquí tiene un cheque por un millón de dólares, señor Deep —le ofreció con una sonrisa—. Lo hemos hecho a nombre de usted y del Laboratorio de Investigación *Cassandra*.

«Por favor, no lo cojas —supliqué en silencio—. Por favor, no lo cojas.»

—Muchas gracias —contestó mi tío, cogiendo el cheque.

28

—Un millón de dólares significa mucho para mí y para mi trabajo —dijo mi tío—. Su zoo ha sido muy generoso. Por eso siento tener que hacer esto.

Y rompió el cheque por la mitad. Los del zoo se quedaron con la boca abierta.

—No puedo aceptar el dinero.

—¿Qué está diciendo usted, señor Deep? —preguntó el señor Showalter.

—Me enviaron a una búsqueda imposible —contestó mi tío—. He registrado estas aguas a conciencia desde que se marcharon. He buscado con todos mis instrumentos en toda la laguna y las zonas circundantes, y ahora estoy más convencido que nunca de que las sirenas no existen.

«¡Yujuuuuu!», exclamé para mis adentros.

Me hubiera puesto a dar saltos de alegría, pero seguí escondido detrás de la cabina.

—¿Y lo que cuentan los pescadores? —protestó la señora Wickman.

—Los pescadores llevan años contando historias de sirenas —replicó el doctor D.—. Estoy seguro de que creen firmemente haber visto sirenas en los días de niebla, pero en realidad serían peces, delfines o vacas marinas, o tal vez bañistas. Porque las sirenas son criaturas fantásticas que no existen.

El señor Showalter y la señora Wickman suspiraron desilusionados.

—¿Está usted totalmente seguro? —preguntó el señor Showalter.

—Totalmente —contestó mi tío con firmeza—. Mis instrumentos son muy sensibles y captan hasta los peces más diminutos.

—Respetamos su opinión, señor Deep —dijo el señor Showalter con cierta tristeza—. Es el mejor experto en criaturas marinas exóticas, por eso precisamente acudimos a usted.

—Gracias —respondió mi tío—. En ese caso espero que acepten mi consejo y abandonen la búsqueda de la sirena.

—Será lo mejor —suspiró la señora Wickman—. Gracias por intentarlo, señor Deep.

Se estrecharon las manos y la pareja volvió a su barco y se marchó.

Cuando vimos despejado el panorama, Sheena y yo salimos pitando de nuestro escondite.

—¡Doctor D.! —exclamó Sheena, arrojándose en sus brazos—. ¡Eres genial!

El doctor D. esbozó una gran sonrisa.

—Gracias, chicos. De ahora en adelante no hablaremos con nadie de sirenas. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —convino enseguida Sheena.

—De acuerdo —dije. Y todos nos dimos la mano.

La sirena sería nuestro secreto.

Juro que no pensaba hablar con nadie de la sirena, pero quería verla por última vez, para despedirme de ella.

Después de comer, Sheena y el doctor D. se fueron a echar una siesta a sus respectivos camarotes. Casi no habíamos pegado ojo en toda la noche. Yo fingí retirarme también, pero en cuanto ellos se durmieron salí sigilosamente a cubierta y me metí en el agua.

Fui hasta la laguna en busca de la sirena. El sol estaba alto en el cielo y relumbraba sobre las aguas azules y tranquilas que parecían cubiertas de oro.

«¿Dónde estás, sirenita?», me preguntaba.

Justo al atravesar el arrecife noté un tirón en la pierna. ¿Sería mi hermana? ¿Me habría seguido otra vez? Me di la vuelta para sorprenderla, pero no vi a nadie. Entonces serían las algas. No hice caso y seguí nadando.

Unos segundos más tarde noté otro tirón, esta vez más fuerte.

¡Tenía que ser la sirena!

Me di otra vez la vuelta y el agua se agitó.

—¿Sirena?

Una cabeza surgió del agua. Una gigantesca y viscosa cabeza verde con un solo ojo y la boca llena de afilados dientes.

—¡El monstruo marino! —chillé—. ¡¡El monstruo!!

¿Me creerían esta vez?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.